William Pilgrim

ENCUENTRO EN EL CAMINO

LEW ARCHER - JACK KEROUAC

I-BUCS * Ediciones Electrónicas Multimedia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

© 2003, I-BUCS * Ediciones Electrónicas Multimedia.

i-bucs@infovia.com.ar
http://www.ibucs.tk/

Título original:
Meeting on the road
San Diego University Press, 1999
California Cl, U.S.A.

1ª edición en castellano, 2003

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
RNPI N° 207.439

William Pilgrim

ENCUENTRO EN EL CAMINO

y otros TXTs

Traducción:
Amílcar Romero

I-BUCS * Ediciones Electrónicas Multimedia

INDICE

Presentación (AR)
Encuentro en el camino (Pilgrim)
El arte de asesinar (Sokolov)
Muerte de Jack Kerouac (Suárez)
Estudio preliminar sobre *El caso Galton* (AR)
De todos los crímenes, el crimen (AR)
Bibliografía completa de Ross Macdonald
Otros títulos de esta editorial

Presentación

Alguna vez ya se ha tenido ocasión de presentar a este autor no tan frecuente, mucho menos en traducción al castellano, para decir lo menos. Si se está en línea con la red, cliquear para ir hasta la referencia bibliográfica. Si bien está el ponderado antecedente del mexicano Francisco Rojas González, con ***El Diosero***, a mediados de los ’50, no es frecuente que los antropólogos incursionen por la literatura y, menos que menos, como parece ser este caso, tratando encontrar lo que no pueden hallar en la realidad misma.

William A. Pilgrim, nacido en Encinitas, un caserío de los alrededores de San Diego, por 1958, es de madre chicana y padre judío. Quizá si el entorno no fueran los Estados Unidos de Norteamérica, la potencia imperial más grande la historia humana, el dato pasaría casi desapercibido o se lo tomaría como una simple curiosidad. Para colmo, el último censo en ese país añade que la población de habla hispana, fundamentalmente descendientes de **lomos mojados** y otros que siguen mojándoselo, han pasado a ser con comodidad la primera minoría racial, desplazando con holgura a los negros.

En la universidad de esa ciudad-puerto fue donde Pilgrim se graduó de antropólogo social y luego de un doctorado en el Oxford Polytechnic, de Inglaterra, bajo la batuta de Peter Marsh, revista como profesor ***full time*** de la especialidad. Tiene varios trabajos publicados, todos en torno al **biculturalismo** de origen como obsesión central.

La confrontación Macdonald/Kerouac, en un imaginario bastante posible como también muy poco probable encuentro en una autopista californiana, más precisamente la 101, aunque en ningún momento se tome el cuidado de especificarlo, no resulta original en cuanto a la metodología empleada. Tanto Archer como el líder el movimiento **beat** hablan a través de TXTs propios, ya conocidos, y en lo que hace al último de los nombrados, particularmente extraídos de ***El ángel subterráneo***, retitularización por demás original de la versión castellana del original ***The subterraneans*** (1958).

Al sesgo impuesto por Pilgrim hay que buscarlo por el lado de confrontar a dos prototipos de la cultura norteamericana, a dos arquetipos tan aparentemente opuestos del sistema, y ponerlos casi codo con codo, mirando la noche a través de un parabrisas, ambos atravesando un crucial momento de sus existencias. La ficción, así, da varias vueltas carnero. Y lejos del lugar común que señala que reemplaza a la realidad, en cambio es ésta la que atrapa el mundo de la otra y lo hace suyo, diluyéndolo completamente.

Un ex policía resentido, devenido en una versión mesiánica del escepticismo metropolitano, tan

crítica y ácidamente lúcido como Archer, amenaza con tener sólo aristas que no encajan con el muchachón de origen franco-canadiense, siempre ***en el camino***, en el mismo que anduvo hasta su muerte, si uno se atiene a su obra más conocida, pero indudablemente más a la deriva que otra cosa.

Casi como una trampa infantil o como una sutileza académica sólo para entendidos, Pilgrim atrapa a ambos no sólo por un presente que pretende hacer aparecer como casual, repentino, tal como puede ser un encuentro carretero, cuando en realidad es el pasado el que los une. Millar/Macdonald, nacido justamente en las afueras del San Francisco hacia el que quieren ir por diferentes motivos, era descendiente de canadienses angloparlantes y pasó buena parte de su infancia, adolescencia y primera juventud en ese país; de la otra cuenca cultural, la francesa, de donde le fue provista la lengua materna, proviene Kerouac, nacido en la otra orilla de los EE.UU., a la vera de la muy paqueta, británica y exclusiva Boston, feudo de los Kennedy.

La explosión que justamente va a ocurrir en esa California un cuarto de siglo después, con la irrupción masiva de la microelectrónica en la información y generación de un conocimiento que empezará a conocerse a sí mismo, aunque para nada paradójicamente va a borrar, a relegar en la vejez de lo ya sucedido algo de tan singular envergadura como lo que está sucediendo en este momento de ficción como el supuesto encuentro entre un **alter ego** literario y un autor a punto de consagrarse.

Los muy avisados y listos creerán encontrar una tremenda **gaffe** al toparse con una referencia tan directa a ***En el camino***, cuando aún faltan de hecho casi ocho años para que aparezca esa obra impresa. Es un tic. El francoparlante por nacimiento, que recién aprendió el inglés en la escuela primaria de su pueblo, está a punto de publicar ***The town and the city***, algo así como el pueblito y la ciudad, su primera novela, y cuando decida encarar la otra, la que lo llevará a su consagración como paradigma en pleno auge del movimiento, la impronta le demandará apenas tres semanas.

Aunque sin mención explícita, las claves, cáscaras de banana y más de una zancadilla se suceden casi sin parar. Efectivamente faltan casi ocho años para que Kerouac irrumpa a la celebridad consagrada, pero en 1955 lo hará ya definitivamente Ross Macdonald sin más enmascaramientos, portando a Lew Archer como blasón y escudo, tal vez también chaleco antibalas. Ver trabajo sobre ***El caso Galton***. También lo une al cabecilla **beat** el siniestro pasaje de San Francisco donde el mítico padre de uno de ellos, pergeñado por Dashiell Hammett, fue asesinado en forma canallesca (partiendo de que pueda haber alguna caballeresca, se entiende), muy sesudamente criticado por Raymond Chandler, y donde el otro, el más joven que ya está apuntalando un movimiento cultural, va a olfatear el **olor a homicidio** que enrarece el aire, un tufo para nada literario ni virtual.

Ni para literatos ni para científicos sociales el escenario puede ser algo secundario. Mucho menos en este caso, donde en Pilgrim los dos mundos se dan la mano. Justamente en la Playa Norte de San Francisco, casi simultáneamente con el mítico Greenwich Village neoyorquino, está a punto de estallar nada menos que el movimiento **beat**, un fulgor que durante una década amenazó con poseerlo todo para pasar a tener, tan o más rápidamente, la eternidad con que el capitalismo estigmatiza a todos sus productos.

También fueron llamados **beatniks** y precedieron a los **hippies**, otra fulgurante eternidad con la duración de los fósforos. En inglés, **beat**, como sustantivo, significa agotado, extenuado; en cambio, su acepción verbal es golpear, fajar, aporrear. Ambas no se deben perder de vista y es mejor tenerlas constantemente en cuenta. Porque con la perspectiva del tiempo, para algunos el término provino de un apócope de **beatífico** y por otro, con un origen en la jerga del particular mundo del jazz, provino de **weary**, que también puede ser traducido como rendido, cansado, desalentado, desganado.

El fenómeno **beat** quedó enancado entre dos guerras, entre dos incursiones del águila norteamericana donde le volaron varias plumas: Corea y Vietnam. La **cultura contestaria** dentro de la metrópoli va a arrancar **beatnik** y va a derivar **hippie**. Las conexiones entre una y otra son de tal magnitud que llevan a pensar si no se trató de un simple cambio de nomenclatura o de **look** en lo desarrapado. Los **beats** fueron casi exclusi-

vamente literarios y si bien casi totalmente indiferentes a adoptar una posición política clara, definida, el objetivo, más que propio, desde el talante hasta la indumentaria, fue rechazar todos los clisés de lo establecido. Cambiaron la dependencia del acatamiento por la de la desobediencia. No revolucionaron nada; apenas si escandalizaron un poco a un **status quo** apacible y siempre complaciente consigo mismo, con un grado de solidez tal que sólo puede ser comparable a su elasticidad para resistir embates mucho más de fondo. Sostuvieron, no siempre de manera clara y explícita, la posibilidad de una realización personal entre tantos corsés de la rígida estructura social, por otro lado tan permeable con los partidarios de alcanzar las metas del **american dream**. Estuvieron a favor de una purificación e iluminación **interior** a partir de la intensificación hasta todos los límites de lo posible en lo sensorial, sobre todo vía alucinógenos varios, música, sexo y budismo zen. Aunque para nada en condiciones de exportar **culturas pop** como lo hará una década y media después con el **hippismo**, luego a fines del siglo XX en forma arrasadora en todos los órdenes, sin embargo el cholulismo periférico también asimiló en parte ciertos tics **beatniks**.

El trayecto desde la salida de Santa Bárbara, al norte de Los Angeles, hasta las cercanías de San Francisco, a lo largo de casi toda una noche, entre una inquisitiva ave de rapiña como Archer, obstinada y obsesivamente siempre dispuesta a rastrear los encadenamientos al pasado que se desatan criminalmente en el presente, frente a la casi lacerante parsimonia de un

Kerouac, tan amodorrado como chispeante, **fumado** en pos de sus propias angustias, consiguen una extraña armonía que asoma como el más festejable y seguro logro del trabajo de Pilgrim. Por otro lado, la tríada que constituyen el descendiente de una chicana y un judío, un policía casi honesto y un autodesecho social, como rezagos de una sociedad que irá segregando más y más cualquier escoria de la molestia, no es una conjunción para nada inarmónica, todo lo contrario.

Este volumen se completa con la entrevista de Raymond Sokolov cuando el ***Newsweek***, a principios de 1971, decide entregarle los óleos sagrados de la gloria oficial a Kenneth Millar/Ross Macdonald en vísperas de recibir el merecido **Edgar Allan Poe**. Fue la primera y última vez que un autor de los llamados genéricamente **policiales**, más particularmente un **hard boiled**, recibió tamaña consideración y reconocimiento. La bola echada a correr cuatro décadas antes por Hammett alcanzaba su punto máximo en su discípulo más dilecto y fiel, a punto tal de bautizar a su propio **alter ego** con el mismo apellido de un asesinato literariamente **mal cometido**, al decir de los escrúpulos que en la materia tuvo Chandler. Ir a este informe.

La exhumación de un TXT como el de Carlos **Paty** Suárez es otro hallazgo para los festejos y también un botón de muestra del periodismo cultural que signó a los ’60 en Buenos Aires. El entrerriano afincado en una periferia de la metrópoli, nada menos que en pleno Greenwich Village cuando éste ya refulgía en reemplazo del festivo París ante el que se había pos-

trado Hemingway, brinda un testimonio sin igual del velorio y entierro de Jack Kerouac en su pueblo natal. La pérdida total de la supuesta objetividad del observador, su apuesta personal, su irrestricta admiración por el intelectual que cae abatido en plena madurez y los entornos entre los que alternaba, desde la revulsiva barriada neoyorkina a la apacible pequeño burguesía del pago en donde casualmente nació. tienen mayor elocuencia y significados que cualquier tratado sobre la materia.

Luego se agregan dos trabajos del autor de esta introducción, realizados por diferentes circunstancias y sobre los que se tiene la candorosa esperanza -o la insoportable pedantería- que mantienen cierta vigencia. Uno es una revisión de la obra de Macdonald, su importancia y trascendencia, más allá de lo anecdótico y engañoso del rótulo **literatura policial**, y el otro la peligrosa metáfora instalada a partir de ***El hombre enterrado***, en cuanto a que cada día más, en esta nueva etapa del capitalismo, cada crimen individual amenaza con devenir en el crimen total, devastador. Ver el primero de los trabajos. En este último caso, para mejor, todavía en medio de la última dictadura militar genocida, retomar una de las principales ideas latentes en el Edipo de Sófocles, recuperada por Freud y redramatizada por Macdonald en cuanto a que el no esclarecimiento de los crímenes de lesa humanidad conducen inevitablemente a la catástrofe, ya sea bajo el formato de la decadencia como la disolución, igual que lo ocurrió con la esplendorosa y rica Beocia, porque los pue-

blos no se suicidan, sino que eligen otra forma de eliminarse como es el languidecer. Ir al segundo.

La entrega se completa con una bibliografía de y sobre la obra de Kenneth Millar/Ross Macdonald, particularmente en castellano, lo que permite por lo menos un panorama indexado de la singularidad de un autor relegado al descubrimiento más o menos ingenioso de desenredar intríngulis policíacos, cuando lo suyo fue partir de la franja de lo criminal para develar una faceta por cierto inquietante de la condición humana, tiene un valor **per se** que no vale la pena explicar. Ver.

En este rápido **racconto** ya es posible sospechar que tampoco se trata de un volumen habitual. Se ha intentado, por lo menos dentro de lo posible, a través de diferentes visiones y abordajes, más una muy particular situación histórica, tratar de ver en toda su magnitud la vigencia que tienen las manifestaciones culturales, su valor y perdurabilidad.

Amílcar Romero

Santa María de los Buenos Ayres, agosto del 2003.

Retornar al índice general

ENCUENTRO EN EL CAMINO ENTRE DOS VIEJOS DESCONOCIDOS

Tiene que haber sido en el 49. A mediados o un poco después porque el aire estaba tibio. Era verano. Y según consta, Lew Archer venía de cerrar su primer caso importante y de reencontrarse con Kenneth Millar –a quien había conocido en Okinawa, durante la guerra, y que ahora se había instalado en Santa Bárbara, reiniciando una vida en todo sentido, a tal punto que ahora había empezado a firmar sus libros como John Macdonald o John Ross Macdonald, no le había entendido bien y no le había hecho mucho caso-, para mejor él con toda esa sensación reciente de la muerte.

Tocar la muerte, había pensado en un momento, con horror.

Sí, tiene que haber sido para esa época. Los comunistas chinos habían terminado tomando Pequín y proclamado una República Popular. Un total de 17 países, ante el avance rojo, habían formado la OTAN y como fin del gobierno militar de ocupación se creó la República Federal Alemana, consagrando la partición. El presidente Harry Truman había anunciado formalmente que estaba en condiciones de anunciar que los soviéticos habían hecho detonar su primera bomba ató-

mica, creciendo el cada vez más creciente miedo con el macartismo. También estaba Puddler y lo demás. Las fechas, al menos, son coincidentes. Darse un remojón en el mar con traje, corbata y zapatos, al amanecer, no es una práctica habitual ni agradable, y Lewis Alfred Archer había ganado penosamente la blanda y húmeda arena de la orilla para tenderse allí sin importarle el frío que lo atería. Lo había hecho nada más que para recuperar el resuello. Amanecía sobre el Pacífico. Pero no había estado en condiciones de prestarle importancia a un hecho de tal naturaleza.

Había tenido miedo. Inexplicable. Un miedo inexplicable, sí, siempre que se parta de la base que haya algún miedo que no pueda serlo. En todo caso, éste había sido más inexplicable que otros. Pero no por lo que le podía haber pasado –quedarse él también en el fondo-, sino por lo que le había dejado a sus espaldas, en el agua helada y negra, salobre, impregnada del sabor sulfuroso, resecante, del petróleo.

Y la sensación no lo había abandonado. En realidad, no lo iba a hacer nunca más. Se le quedó allí, para siempre. Condicionándole su visión del mundo de la misma forma que un río lo hace con el proyecto de un camino. Y no es que fuera una sensación mental, llena de imágenes recurrentes, fastidiosas, sino física: el agua en la boca y las yemas que sintieron el latido del cuero

mojado del cinturón, que dejaron de sentirlo en aquel instante, cuando.

Sintió que tenía que parar bajarse a mirar la noche. En un momento tuvo como inevitable la alternativa de vomitar las dos hamburguesas con papas suflé y cerveza que se había embuchado antes de salir de Los Angeles. Sin embargo, tras la sensación ácidamente nauseabunda, lo único que hizo fue realmente contemplar la noche. Más que eso, desde allí arriba, la extraña forma en que la noche negra blanqueaba la cresta espumosa de la rompiente. Una inasible contradicción, quizá un mero fenómeno psicológico, pero que a él lo hizo pensar en velos turbios de novia o en historias de aparecidos.

Trató, eso sí, por todos los medios a su alcance en ese momento, de saber si iba a poder pescar, tal como se lo había propuesto repentinamente hacía unas horas. Y la duda era no porque tuviera la torpe presunción de que en una plomada de arrastre pudiera traerlo a Puddler enganchado del cinturón, una alternativa que, no por hipotética, dejó de conmoverlo. No. Seguramente Puddler ya estaría de manera irremisible, solo y hediendo a yodo, en el fondo de uno de los nichos helados de la morgue de Santa Bárbara, cubierto con el blanco y tosco lienzo que provee todo presupuesto estatal. No, no era eso. Se trataba de un sentimiento mucho más primario y agreste, como si de pronto hubiera empezado a

odiar todo lo que fuera natural al mismo tiempo que ahí, en medio de la noche, sintiéndose pequeño y solitario, también se sintiera irremisiblemente parte de eso natural y por momentos sólo atinara a tener ganas de lanzar un tremendo alarido desgarrador.

Hasta lo intentó. Y quizás fue medio pensado o vaya a saber si un grito humano desgarrador, en medio de la soledad no es eso, pero Archer sintió que su acto había tenido el mismo eco, la misma repercusión energética, en el juego de las fuerzas que es el universo, que puede tener un pedito de libélula. Nada. Ni siquiera infinitesimal. La soledad de lo natural no lo había apartado ni siquiera la fracción de instante en el grito, aullido o sollozo con que había hendido el aire y fue entonces que se decidió por lo práctico: abrió el capot y que el monstruo refrigerara un poco las entrañas. Revisó los niveles de agua y aceite, una mirada leve a las gomas, prudente pisada al pucho para evitar siniestras consecuencias, de esas pisadas que más que apagar o exterminar la alimaña, éstas resulta atornillada al piso, y volvió al camino. Una vez que las revoluciones le dejaron meter la tercera y estabilizarlo en una prudente velocidad crucero, se puso a pensar que sus estúpidas aprensiones, como la fobia que era pensar que una colilla mal apagada o el culo de botella podían desencadenar un cataclismo, no eran más que hipotéticas alucinaciones producto de su debilidad.

Además, como si fuera poco, las luces altas, la carretera prácticamente desierta, ponían ese marco de irrealidad en un paisaje abrupto donde los objetos aparecían de la nada, igual que encender un proyector sobre la pantalla de la sala a oscuras. El cruce veloz y aterrado de un zorro o un coyote eran visiones fantasmales, fugaces, amenazando tener poco contacto con la realidad recalcitrante. Los postes con señalizaciones se abalanzaban por los lados. Como muertos en la mitad de una aventura, así quedaban los surtidores de una estación de servicio cerrada. Las piedras y la línea en movimiento que formaba el fin del asfalto y el comienzo de la banquina no era más que una traviesa idea einsteniana animada por Walt Disney,

Pero en el fondo le gustaba manejar, en alguna parte había una extraña simbiosis entre esa máquina y su alma, pilotear siempre le resultaba una promesa abierta hacia lo inusitado, y en medio de eso fue que apareció la figura joven, casi imponente al irse agigantando, solitaria casi de una manera insolente, haciendo con indolencia el gesto con el pulgar hacia allá, hacia adelante, entre sus pies una informe mezcla de mono y mochila.

Su pie derecho bombeó con gozo el pedal hidráulico. Fue una reacción instintiva y estúpida como toda reacción instintiva. Ese tipo de cosas, más de noche, se hacen o se piensan. No hay tiempo para ambas.

Venía bastante fuerte y tuvo que pisar a fondo para no alejarse demasiado.

El motor se quedó regulando. El muchacho no tuvo ningún apuro. Como si no hubiera solicitado un favor y en realidad hubiera marcado el punto de encuentro a un servicio de remise. Fue evidente que salvó a paso normal el trecho desde donde la noche lo había convertido en la gran Estatua al Dedero Anónimo hasta el otro, en la misma noche, donde el caño de escape tosía un rítmico catarro de humo blanquecino, la pipa de Popeye pasada en una cámara locamente acelerada con un pop pop pop.

-Muy buenas noches, amigo –dijo el rostro casi sobre la ventanilla entreabierta del lado del conductor, literalmente enfrentando al del un ya impaciente Lew Archer-. Voy para el lado de Frisco. ¿Me acerca algo o todo?

Archer le clavó el dardo instantáneo de ese oficio tan viejo o paralelo al otro, el más viejo del mundo. El aspecto, en general no le ofreció ninguna revelación porque leía los diarios, miraba televisión y en Los Angeles también pululaban. Sí, lo único que le había sonado levemente raro había sido ese inglés monótono –aunque monótono no fuera la palabra exacta, pero no estaba en condición de elegir términos con exactitud- o quizás más bien hablado por una boca demasiado poco abierta para formularlo.

Otro engaño era el pelo. Fugazmente, aparte de enmarañado y melenudo, le había parecido oscuro. Lo que pasaba era que a pesar de una noche que estaba muy lejos de ser calurosa o de gotear rocío, estaba totalmente sudado. Sólo el pelo sudado. Y eso hacía que pareciera, amén de otras cosas, más enmarañado y mucho más oscuro de lo que en realidad era. Ahora, lo de largo y sucio no era para nada una sensación fugaz. O de distancia. Más aún, de cerca se confirmaba y se agravaba: se podía olerlo, hasta padecerlo, si viene el caso.

-Voy a ver si lo puedo acercar un poco –dijo Archer, parco de exprofeso-. Suba-. Detestaba los malos humores del cuerpo humano.

El joven pegó la vuelta por delante de los faros refulgentes con el mismo paso cansino, como si nada lo apurara. Archer aceleró fanfarronamente, pero eso tampoco lo alteró. Ni siquiera se tomó la molestia de dedicarle una mirada. A pesar de las cercanías del mar y de las refrescadas nocturnas, el clima tampoco parecía alterarlo. Calzaba unas deshilachadas zapatillas de goma, un bluyín que alguna vez, bajo varias capas geológicas de mugre quizás hasta había sido ***blue*** y en una de esas hasta ***jean***, una tosca camisa de drill de color, calidad y antigüedad ignotas y cerraba el desfile de modas de la temporada un gordo azul tejido con palos de escoba y un cuello bote desbocado a tal punto que su primer dueño dejaba la sensación que pudiera haber sido un

mamut. Ahora bien: ni clima ni indumentaria eran una asociación para hacerle transpirar la cabeza de esa forma. Tal vez, pensó Archer bastante aprensivo de repente, con la vida deliberadamente errante y desatinada que llevaban esos extraviados, el pobre se había pescado una gripe y estuviera volando de fiebre.

El muchacho abrió la puerta del acompañante, revoleó su mono informe hacia el asiento trasero como si fuera un hato con boñiga fresca y pestilente y se sentó haciendo crujir los muelles.

-Hola, viejo –dijo, mucho más jovial y animado-. Jack-. La diestra gruesa, fuerte, cruzó un puente sobre la distancia de los dos butacones y obligó a Archer a abandonar la tarea de poner la primera.

-Lew-. Se la estrechó, aunque más bien fue una pulseada, un tanto hasta violenta si se quiere, a un punto tal que lo hizo aflojar el pie que pisaba el embrague. El muchacho –ahora lo veía mucho mejor, a pesar de la luz escasa y mortecina- tenía una cara maciza, de las que están hechas con apuro, estándar, a golpes de hacha. Casi se podía decir: como deliberada y bellamente tosca. Por otro lado, en ese conjunto, los ojos eran dos puñales fríos o, más que fríos, hondos y fuertemente nevados con telarañas de un rojo vivo, pupilas tiesas, dilatadas, inequívocas. Aunque, claro, en medio de toda esa ***esputza*** que lo envolvía como un halo, y cada vez que abría la boca para colmo florecía un vaho rancio de

vino agrio, un resumen entre la pesada alquimia del etílico mal destilado y los jugos de un estómago maltratado.

Una colección de virtudes a simple vista. el chico, que a Archer no dejó de producirle cierto manifiesto desagrado consigo mismo por su estúpida e instintiva reacción de frenar, en ese primer instante, y luego de embragar y meter la primera. Hubo un sostenido silencio hasta que la brevedad de la entrada de la directa anunció que el motor ya estaba otra vez cómodamente en sus revoluciones adecuadas de marcha.

Fue entonces que Jack, como dijo que se llamaba, lo miró por primera vez a Archer con un propósito que no fuera un propósito formal del trato. Lo miró para verlo. O, más que eso, fue también para saber por dónde podía comenzar a entrar. Pero creyó advertir que no había fisura alguna en el magro rostro aguileño de ave de rapiña de remoto o reciente origen semita, que miraba fijamente la aburrida cinta circulante como si esperara ver salir de ahí al verdugo justiciero de la especie.

-¿De dónde viene, viejo?- preguntó con un tono falsete que no pudo disimular la tácita impotencia.

Archer le respondió a alguien que estaba haciendo dedo unos doscientos kilómetros más allá de la próxima curva:

-Los Angeles. Y creo haber dicho que me llamo Lew.

-Claro, Lew- Enarcó las cejas-. Se me escapó.

Otra vez las disonancias. Archer no terminaba de ubicarlas.

-¿Usted es de California? -lo sondeó tras la pátina de indolencia.

Jack sonrió comprensivamente, vaya uno a saber a qué cosa recóndita, íntima:

-***Ando ahora*** por California –recalcó el tránsito con cierta pedantería existencial, como si el acento en lo circunstancial minimizara al lugar o al tiempo o exaltara algún otro punto, tal vez el terruño natal o alguna supuesta residencia fija y otros tiempos-. Soy de Massachussets. Lowell.

Por primera vez Archer abandonó la importancia que tenía la ruta. Lo hizo para realmente observar cuánto de abajo venía el chico. Ver el significado real de lo dicho. Pero el recién cargado no sintonizaba la misma onda:

-Al lado de Boston -respondió a una supuesta ignorancia-. Telares.

Archer le posó otra de sus miradas intencionalmente viviseccionadoras. No, no venía tan de abajo, el muchacho. Sin embargo, ese acento no era el pulcro, frugal, isabelino y aristocratizante acento de un bostoniano genuino. Tenía algo ***bastardo***. Vaga, extraña e inquietantemente ***bastardo***, calibró.

Bueno, sí a esa altura el chico se dio cuenta, aterrizó:

-Desciendo de francocanadienses –dijo con una carcajada franca-. ¿Era eso?

Archer también sonrió. Despierto, rápido, el chico.

-¿De vacaciones? –machacó súbitamente interesado, pero disimulando lo mejor posible la intención con una con una naturalidad tan inocente que al primero que sorprendió fue a él mismo.

-Algo así –vaciló Jack-. ¿Días santos? –pero no había terminado de decirlo que empezó a reírse estúpidamente consigo mismo, sopesando sus palabras como si fueran guijarros, y después hallar que la mejor respuesta que se podía dar era encogerse de hombros. Ir hasta el significado de lo dicho. -Bueno, bueno: algo así –concilió para sus fueros-. Ahora voy a Frisco, al negocio de libros de bolsillo de mi amigo Lawrence Ferlinghetti. Ver referencia a este nombre.

Archer no pudo reprimir una íntima contracción. La mezcla anglo-itálica, por aquellos años, después mucho más, le resultaba exactamente sinónimo del mismísimo diablo.

La natural reacción no pasó desapercibida:

-¿Lo conoce?-. En el tonito empleado hubo cierta arrogancia.

-Me suena familiar.

-Poeta –explicitó Jack, y lo hizo un tanto vacuamente, a tal punto que a Archer le sonó igual que si Henry Ford I° hubiera tenido que agregar, a posteriori de su sola mención, el aditamento de presidente del directorio.

El silencio siguiente fue bastante cargado. Archer exageró de tal modo el gesto de desagrado que hasta el coyote que cruzaba en ese momento apuró la carrera y metió la cola entre las patas antes de perderse entre los magros arbustos de ese tramo desértico.

El silencio del kilómetro siguiente fue total y audible. El ronroneo del motor sonó acariciante, incitador.

-¿Usted a qué se dedica? irrumpió el muchacho-. Creo que no me lo ha dicho.

-No, no se lo he dicho –esquivó Lew, todavía desagradado, ahora saltón por la imprevista réplica, por el asedio que podía significar.

Jack se rió:

-Y todo indica que tampoco me lo va a decir-. Realmente se estaba divirtiendo. –Bueno, muy bien. Los secretos no se pueden comentar si quieren seguir siendo fieles a sí mismos.

Lew abandono la tranquilidad del parabrisas para observarlo. La porra ensortijada y sudada resplandecía tenuemente.

-¿Qué es lo que lo hace pensar que puede ser secreto? –dijo con tono marcadamente hosco.

A Jack le duraba aún la diversión:

-Por su alrededor flota un vago tufito que hiede a policía –respondió.

-Si pudiera ser menos elíptico, por favor –casi rogó, la voz fina como un tajito al afeitarse.

-Sí, por qué no-. Miraba también por el parabrisas.-Aunque le voy a decir que no es tan fácil. Es injusto llamarlo olor porque bien pensado no se trata de eso, ¿no? Pero en su torno hay algo que hiede a muerte.

Archer se sacudió y aunque no le dio el gusto de mirarlo, sintió que el otro le había clavado los ojos. Jack continuó con un dejo suave, casi confidencial:

-Creo que temo reconocer que se debe a alguna antigua imagen archivada desde mi infancia, pero en esencia, nunca pude separar una noción de otra.

Sonó a deliberado el pequeño alto. Y luego:

-Policía y muerte –recalcó-. Muerte y policía. Es como matemático: el orden de los factores no altera el producto.

A pesar de haber visto de sobra el cartel indicador de la curva y que tenía que aminorar, Lew aceleró sin intención consciente, y en el colmo del manual del pésimo conductor, aplicó los frenos en medio del giro: "¡Mierda!", pensó, crispado sobre el volante para controlarlo y que no coleara, iniciando un maldito trompo.

-No se ponga nervioso –comentó Jack con toda parsimonia, ni pizca de alteración por el percance-. ¿Dije algo inconveniente?

Una vez estabilizada la marcha, Lew se manoteó la parte interna del saco, sus dedos rozaron la culata del ***tumor benigno*** que llevaba siempre en la axila, ese golondrino calibre 38 caño corto, y buscó los cigarrillos. Oprimió el encendedor del tablero sin convidar a su acompañante.

-Creo que hasta ahora ha dicho pocas o ninguna cosa conveniente –masculló al retirar la pequeña brasa de acero.

-Jamás hubiera pensado que fuera para tanto –comentó Jack, casi para sí mismo y con el mismo miedo de un chico reprendido por un padre severo, inflexible.

El silencio, durante la distancia siguiente, no fue apacible.

-¿Y su ocupación cuál es, si se puede saber? -. Hubo bastante de insolencia, sobre todo en la adjetivada y relamida mirada con que lo obsequió.

-Escritor –dijo Jack sin animarse a mirarlo, mucho más remarcada su actitud pueril-. Soy escritor.

Lew sonrió, despectivo. No apreciaba a los intelectuales. Era algo instintivo en él. Intuía algo realmente sospechoso y levemente inmoral. Una gran, gigantesca trampa. Y, lo que es peor: muy difícil de precisar. Tenían también algo esencialmente ***cobarde***. Cada vez que

por su cuenta se había puesto mentalmente a pesquisar este hecho llegaba a un punto, muy intrincado, donde se producía una leve transmutación, una inasible distorsión que lo ***bastardeaba*** todo. O que lo volvía ficticio, sospechoso, cobarde, inmoral y todo lo demás. Pero más que eso lo que fundamentalmente le producían los intelectuales era ***desconfianza***. Enfrentarse a ellos era como aceptar, de antemano, enredarse en una mascarada.

Jack notó el glaciar que había levantado su espontánea confesión y, atribulado, sintiendo sobre sí una extraña contradicción entre un dedo acusador y un ego fatuamente inflado, se arrodilló en el asiento e inclinó el torso sobre el respaldo para alcanzar su mochila.

-Ya me han publicado un libro; no me ha ido mal –comentó con dificultad por la posición-. Le voy a regalar un ejemplar.

Lew aceptó con estoicismo la banal ceremonia que se avecinaba. De reojo vio que su acompañante también había extraído de la mochila una petaca llena que pudorosamente fue escabullida entre los muslos.

-¿Le molesta mucho para manejar si me enciende la luz interior?

Paternal, Lew dio curso a la solicitud. Sin abandonar la atención del camino, con el rabillo vio como el otro izaba una de las piernas como improvisando un pupitre, maltrataba el ejemplar para quebrarle la inercia de su armazón todavía intacto por el encolado de la

encuadernación a mano y que no se le cerrara sobre la portadilla, para luego, con letra nerviosa, despatarrada, escribir ***To Lew***, tirar luego aparatosamente el piolín de una línea que rodeó al insulso título en un óvalo como una isla desierta, y bajar un poco más con otro piolín, hacia abajo, y en el espacio en blanco, allí agregar: ***of Unites States (hip, hip, hurra!), From Jack, with love***, y la fecha.

-Es todo –dijo Jack cuando lo cerró y se lo entregó.

-Gracias –dijo Lew, sopesándolo, pero sin molestarse en mirarlo. Luego apagó la luz y con gesto contenido lo arrojó sobre el tablero, contra el parabrisas, atrás del volante.

-Espero que le guste -suspiró Jack.

-Seguro. Soy muy buen lector-. La ironía era consigo mismo. Un humor que le sabía a onanista por lo imbécil.

Con algo de obsceno en el acto, Jack extrajo la petaca del entrepiernas y le desenroscó la tapa de metal.

-¿Un trago de brandy? –convidó.

Dada la hora –más de las 3 de la mañana- y todo el frío que venía del océano, Lew consideró que no era para nada una mala idea. Manoteó a tientas el ofrecimiento y retiró un instante la presión pareja, adormecida, sobre el acelerador. El sorbo ávido lo dejó con los ojos entrecerrados, lagrimeantes, y en la boca, más que

un gesto de dolor, algo así como la sonrisa sardónica de un tigre de Bengala.

-Fuerte, ¿eh? –se rió Jack con ganas, tomando de vuelta la petaca.

-¡Mierda!, corrosivo –calificó Lew sin dejar la sonrisa felina y feroz-. Barato, si no se ofende.

-¡No! Es el ***más*** barato que encontré-. Se la empinó sin dejar de reírse. Le pegó un taco como si se tratara de jarabe pediátrico para la tos con gusto a cerezas. Luego, suspiró aparatosa y groseramente su satisfacción.

A Lew le seguía escociendo esos resabios que identificaba como ácido tartárico no muy bien destilado.

-¿Toma mucho? –preguntó con insoslayable actitud. Sólo en la dipsomanía el querosén puede saber a leche fresca.

Jack suspiró, entretenida su vida en algún punto de la noche. encima del charco de las luces altas.

-Cuando estaba en Nueva York, mi gran y viejo amigo Allen Ginsberg me dijo: "Mirá, si seguís tomando así irás a la tumba. Ya ni siquiera sos capaz de conservar un trabajo". Ver referencia al nombrado. Me vine a Frisco y no probaba ni una copa. Luego ocurrieron algunas cosas-. Le desenroscó nuevamente la tapa y ahora el garguero trasegó la poción como si fuera un degollado.

-¡Mierda con esa sed! –opinó Lew sin mirar a nadie, y si se lo hubieran preguntado, realmente también sin destinatario definido.

Jack se secó el hocico con el dorso de la mano y procedió a enroscar prolijamente la tapa de la petaca ya casi vacía. Lo hizo con algo que bien hubiera podido ser inusitado cariño. En cierta forma, en ese momento, hasta parecía satisfecho de sí mismo.

-¿Usted es casado? –preguntó de pronto, con la misma falta de intención o interés que podría haber inquirido si hacía mucho que no le cambiaba el aceite al motor o no le hacía rotación de cubiertas para gastar parejo el dibujo.

Lew endureció visiblemente el gesto, lacerada su alma por la herida todavía abierta, una llaga, igual que las que habían producido las radiaciones atómicas en los pobres ***nipos***.

-Era -espetó.

El clima del habitáculo se volvió tenso. Jack había percibido el impacto y a su vez replicó:

-¿Duele mucho, viejo? –preguntó con cautela, pero sin poder reprimirse.

-Me llamo Lew –ladró Lew.

Sí, dolía. Y cómo. Al perro herido no hay ni siquiera que mencionarle la herida. Mucho menos tocársela. Se las lame solo o se vuelve rabioso y ciego. Jack

entendió que tenía la obligación de contar algo suyo al respecto:

-Ahora vuelvo a Frisco porque estoy dispuesto a escribir un libro sobre eso –deprimiéndose casi ostentosamente-. En realidad, nunca se sabe sobre qué se va a escribir un libro. Sólo su historia, la anécdota, jamás las consecuencias. Estoy dispuesto a contar las razones de los dos meses de mi relación con ella, pero es inevitable que quizá también tenga que hacerlo sobre nuestra generación y la nueva cultura. Creo que no podré evitarlo.

Lew le echó una mirada de sincero azoramiento. Se aventuró con un para nada disimulado temor:

-¿Existencialistas? -Era una palabra rimbombante, con algo de ridículo

Jack sonrió con algo de beatitud.

-El existencialismo norteamericano es peor. Es el existencialismo de los maniáticos del jazz y la morfina. Yo he estado bastante con ellos, el año pasado, y cada vez que nos reuníamos me daban un contacto realmente fuerte, esa es la verdad-. Se tomó algún respiro.

-No; ella es un ángel. Un ángel subterráneo. Una ***hipster***. Ver significados del término. O sea que es ***hipster*** sin ser insoportable, es inteligente sin ser convencional, es intelectual como el demonio y sabe lo que se puede saber sobre Ezra Pound sin ser pretenciosa ni

hablar demasiado de lo que sabe. Los ***hipsters*** son muy tranquilos. Son unos Cristos.

-¡Mierda! -se gatilló Lew ante la cháchara-. ¿Y qué pasó entre ustedes?-. La gente, toda la gente, lloraba sobre su hombro. No era un Hombre Público, sino un Hombro Público.

Notó que el otro bufaba, entre impotente y, por primera vez, incómodo.

-Tal vez tendría que decir un libro, pero sería demasiado literario –se condolió-. ¿Habrá sido porque ella tenía que acostarse malditamente con todos?

Lew sintió una oleada nauseabunda y los nudillos se le blanquearon al crisparse sobre el volante.

-Oiga, no quisiera ser ofensivo –advirtió poniendo el parche antes de la herida-, pero ella se acostaba con todos y...

-Con todos no, Lew –cortó Jack, triste-. Sólo con nuestros amigos. -Fue evidente que le costaba digerir, metabolizar semejante aclaración.

-Muy bien, sólo con los amigos comunes. Ahora, ¿usted tampoco se bañaba durante esa relación?

Jack rompió con una estruendosa, demasiado aparatosa carcajada:

-¡Golpe bajo, Lew! ¡Golpe bajo! –se atoró-. Lo vio todo el público, el árbitro y los jurados. ¡Le descuento un punto!

Lew no pudo evitar tentarse.

-No fue mi intención –se disculpó y siguió sonriendo por lo bajo.

-De todas maneras, para tranquilizarlo, le voy a aclarar el punto. Para lo único que ella usaba la pileta (vivimos en una pieza que era de ella, sin baño) es para ponerse el diafragma y lavarse un poco después del amor-.La sola mención del hecho lo sumergió en uno de esos profundos subsuelos de la tristeza.

Agregó una letanía:

-Todavía me parece morena sobre la pileta, una pierna levantada.

Archer se hizo a la idea con un poco de desagrado. El otro prosiguió en lo que ya era virtualmente un monólogo:

-Y sus sábanas (las nuestras, quiero decir) durante los dos meses de nuestro amor, sólo fueron lavadas una vez-. La ruptura de nexos fue evidente. -Déjeme explicarle. Ella era una subterránea solitaria que se pasaba los días. –Se apenó Jack, como si se le estuviera por escapar una pena-, no hubo un solo día que no lo transcurriera abstraída y decidida a llevarlas al lavadero, pero de pronto descubría que ya era casi de noche, demasiado tarde como para ir al lavadero, y las sábanas ya estaban grises, hermosas para mí porque así son más suaves.

-¡Santo Dios! –estalló Lew. Una especie de ***eructus interruptus*** le había hecho brotar una erupción

del brandy tartárico y casi se había dado vuelta con el vómito-. Inevitablemente ese amor no tuvo más remedio que fermentar y descomponerse. ¿Con todo eso piensa escribir un libro?

Jack ahora lo observaba con fruición, casi divertido.

-No sé si podré evitarlo –se hundió nuevamente taciturno-. Todo libro tiene que ser una confesión y ahí está el dolor de tener que contar esos secretos porque es necesario contarlos.

-¿Necesario¿ -dijo Lew, molesto, y eructó, ahora sí sin remilgos. -¿Necesario o cobarde?

-No sé-. Jack estaba realmente apesadumbrado, como metido en un terreno del que ahora le costaba salir. –Creo que necesario, asquerosamente necesario. Si no, ¿para qué escribir o vivir?

-La pregunta se la hizo usted, mi viejo, y es bastante buena –dijo Lew, atufado. Para él no había nada más insoportable e infatuado que un intelectual hablando de sí mismo y lo que hace-. ¿Masoquismo, tal vez, un poquito?

Jack sonrió con dolida tristeza, pero no se dio por vencido:

-Sí, tal vez. Hay un sufrimiento que impulsa a escribir algo aun cuando no se tenga que hacerlo. Y el sufrimiento no se calmará escribiéndolo, sino que se intensificará aunque resulte redimido.

-¡Bonito calvario! –comentó Lew, sobrador.

-Correcto. ¿Le molesta si le doy un poco a ***María Juana***? Ir a los alcances de la alusión.

Archer expiró con violencia.

-Vivimos en un país que todavía es libre. Pero le soy franco, Jack: no sé si eso es un don o una maldición. ¿No puede evitarlo?

-Si pudiera no hacerlo, no –refutó Jack con toda naturalidad.

-Entonces, abra la ventanilla por lo menos.

Totalmente ensimismado, Jack desprendió el cierre a presión de un bolsillo de su camisa y extrajo de allí un tosco paquete. Iluminado nada más que por la tenue neblina que exhalaban los relojes del tablero, lo abrió sobre su falda, cortó un irregular paralelogramo de papel de estraza y lo acolchó con las hebras resecas, burdas y fragantes, semejantes a forraje para ganado. Con un ágil manipuleo construyó una especie de burdo cilindro, lengüeteó con procacidad uno de los bordes y retorció los extremos. Recién después, incluso de rehacer el burdo envoltorio con solícito cariño y guardarlo en el mismo bolsillo con total dedicación, fue que de alguna parte sacó fósforos y que encendió el pito. Este lanzó una soez llamarada amarillenta por la cantidad de papel solo, una humareda acre, y entonces sí, abrió un poco la ventanilla, por donde entró el ramalazo de aire puro, frío, delicadamente fragante a noche.

Jack dio una violenta chupada, protegiendo su tesoro con las manos como pantallas y desperdiciar lo menos posible el tesoro que se hacía volutas. Archer lo vio, en el mejor estilo de un escuerzo o un murciélago, comenzar a tragar humo casi sin expirarlo, hasta que en un momento ocultó el pequeño cilindro pecaminoso en el cuenco de las manos y se echó hacia atrás en el butacón, dejándose estar, un cachetazo etéreo moviéndole apenas sus pelos sucios y mojados.

-Siento el crimen en el aire, Lew –musitó sin mirarlo, pero Archer no abandonó la atención de lo suyo-. ¿Es demasiado pretencioso decir que siento el crimen en el aire?-. Ahora sí: había abierto y entrecerrado varias veces los ojos, para constatarlo, pero luego ya lo estaba mirando cuando lo dijo.

Los dos hombres se sintieron únicos por el peligro de sus propias naturalezas, de sus propias capacidades a mano para la violencia y la muerte, pero tomaron la precaución de no hacer comentario alguno. El que manejaba sintió la extraña denuncia que era la revelación in crescendo de lo que él llamaba un ***tumor benigno***, como un golondrino petrificado, justo bajo la axila izquierda, y terminó devolviendo la mirada a la par que la iluminaba con una sonrisa siniestra, más bien una mueca:

-Creo que no, que no es pretencioso, Jack –dijo despacio-. Es endiabladamente inexacto, sí, decir que el

crimen esté en el aire, pero a la vez no se puede dejar de decir que esté en el aire. Yo también lo siento así.

-Está en el aire –enfatizó Jack, pitando con furia. A pesar del aire frío, el aroma almizclado, seco, de ***María Juana*** llegó hasta las narices de Archer, que tosió, pero sin desagrado. No le era extraño ni novedoso. Peor: le era necesariamente familiar, como un pariente lejano con tendencias paidófilas o una prima lesbiana. A lo sumo, lo único que le resultaba deplorable era su propia permisibilidad: al muchacho le estaba permitiendo, él, en su propiedad, rifar un poquito de su futuro. Y lo que él llamaba su impotencia total estaba en que no tenía forma de evitarlo. De habérselo prohibido u obligado a bajarse, lo único que habría hecho hubiera sido postergarlo o no verlo. La experiencia no era transmisible entre los hombres, sino un duro y obstinado camino sin salida que todos se empeñan en conocer por méritos propios.

Jack se reacomodó con cierta molestia, como si de pronto una todavía desprolija alucinación o el comienzo de la confusión entre las tenues fronteras de la percepción se le hubiera tornado una amenazante premonición:

-¿Sabe una cosa, Lew?-. En realidad jamás había esperado respuesta alguna. –Hace cuatro años me fui del otro lado con la benzedrina y yo creí realmente que la muchacha (otra muchacha, no ésta sobre la cual

no podré evitar escribir el libro), que esta muchacha quería mi cuerpo para quemarlo, que iba a meterme en los bolsillos los documentos de su amigo para que la policía pensara que era otro el que había muerto.

Lew lo miró consternado, inusitadamente conmovido.

-¿Y eso por qué, Jack?- Hasta aminoró un poco la marcha.

El muchacho no lo miraba. Estaba ocupado en pitar y estúpidamente que se le disipara la menor cantidad de humo.

-Eso no he podido saberlo. ¿Tal vez por la benzedrina? No sé. Me acuerdo, sí, que se lo dije.

-¿Y ella qué respondió?

A Jack el gesto se le hizo mueca:

-Me abrazó y me dijo: Uuuuh, papito -remedó con sorna, la escena otra vez presente, repitiéndose en el infierno dantesco-. Me abrazaba y me cuidaba. Yo andaba mal. Era una loca atorranta, una tal Honey-. La voz se le quebró y Lew observó el rostro ahora desencajado:

-¿Se siente mal? ¿Quiere que paremos?

No. Era un estúpido e incordioso fantasma el que acosaba con toda la sinrazón de las imágenes más primarias y menos potables.

-Honey se llamaba, la atorranta. He recordado, de pronto, que ella me maquillaba con ***pancake***.

Archer no pudo evitar reírse.

-¡Joder! ¿A santo de qué? –preguntó sinceramente escandalizado.

-Para que no se notara lo pálido que estaba –dijo Jack, tocándose la cara con los dedos, estaba allí, sí, oliéndose en los dedos el almizcle del seco de ***María Juana***-. Mierda, Lew: yo había perdido quince quilos. O diez. O cinco. Nunca pude saberlo.

Lew no tuvo tiempo para poder pensar: "Como un cadáver", ya que Jack precisamente agregó:

-Como un cadáver..

La imagen era horripilante, sucia. Lewis Alfred Archer sintió miedo por el muchacho. Sin que nada se lo indicara se sintió imbécilmente responsable. Si un cadáver carece de estética y abunda en conmiseración por esa soledad definitivamente débil e irrescatable, drogado y maquillado puede llegar a ser sencillamente repulsivo. De los ojos de Jack brotaban tenues lágrimas que el reflejo de la luz del tablero volvían ascéticamente patéticas.

-Si sigue levantando vuelo con eso, va a ser peor –dijo Lew-. Todo crucero en avión tiene un punto de no retorno, Jack-. O puede entrar en pérdida, pero no lo dijo.

El aludido aspiró un chupón que hizo chisporrotear el pito como un tizón:

-¿Ya le dije que ella era negra?

-¿La atorranta que lo maquillaba?

-No, no. Eso fue hace cuatro años. Y era una atorranta: Honey, se llamaba –largó la carcajada-. El ángel subterráneo de Frisco: negra y mezclada con india.

Lew no pudo evitar la asociación: "Un cóctel interesante", se dijo muy a sus adentros.

-¡Los subterráneos con sus lúgubres meditaciones! –murmuró Jack, los ojos brillosos, ya totalmente papado, pero también ganado por una sórdida congoja-. Cuando ella fumaba demasiada ***María Juana*** eran aventuras que formaban sencillamente un fondo para mis pensamientos sobre los negros, los indios y los Estados Unidos en general, pero también con todos los matices de la nueva generación y otras circunstancias históricas en medio de los cuales ella ahora se debate, lo mismo que todos nosotros, en esta tristeza europea de todos nosotros.

-¿Que se acostara con todos sus amigos fue el motivo de la ruptura?-. Dos gigantescos camiones, de trompa alta y cuadrada, cruzaron en dirección contraria, bufando como pleitosaurios contemporáneos.

-Con uno en especial. Lo sucedido con los otros fue apenas anécdota. Yo supe que con éste lo iba a hacer o quizás hice todo lo posible para que lo hiciera. Porque ella al acto, a hacer el amor., siempre lo llamó ***hacerlo***. ¿Me entiende? Hacer-lo . "¿Vamos a ***ha-cer-lo***?. decía. Me ha quedado grabado. Las palabras significativas que

no son ni convite, ni acceso tentador. Ellas eran esencialmente delatoras. Pueden ostentar cualquier virtud, pero jamás presumir de mera elegancia.

Pareció sentirse súbitamente preocupado por el auto que a gran velocidad pasó hacia Santa Bárbara y Los Angeles. Después retomó como si nada el hilo de su discurso:

-No puedo comprender por qué los hombres le pedimos bienestar a la historia y al pensamiento cuando poseemos eso, lo esencial, la mujer-. Hipó un sollozo, se estremeció, volvió a pitar frenéticamente y se quemó los dedos antes de arrojarlo por la ventanilla como si junto con él se acabara de ir una pieza importante de su existencia.

-Lew –dijo en voz muy baja-, usted ha alcanzado a poseer la esencia de la vida, la mujer, ¿no es cierto?

-Cierre esa ventanilla, Jack –fue la mal humorada respuesta-. Tengo frío.

Obedeció. Pero con movimientos vacilantes y torpes. De pronto empezó a reír histéricamente, desgarrado:

-Ella me dijo, Lew, y juro que lo voy a poner en el libro: “Los hombres son tan locos, desearía la esencia: la mujer es la esencia, ahí la tienen directamente entre las manos, pero ellos se precipitan en todas direcciones exigiendo construcciones abstractas, entablan grandes guerras y consideran a la mujer como premios

en vez de seres humanos; muy bien; viejo", me decía ella, "no se puede negar que yo estoy en medio de esta porquería, pero te aseguro que no pienso participar en lo más mínimo". Eso me dijo. Y todo con la dulce y educada entonación de la nueva generación de ***hipster***, un verdadero ángel subterráneo. A partir de eso, ahora en los negros puedo leer también la pena, un humor perdido, propio de otra raza, la estadounidense.

Saltó:

-¿Y sabe qué le contesté, Lew?

Archer lo miró. Trataba de descubrir qué había encaramado tras la grandilocuencia tanto palabrerío.

-¿Qué le contestó usted o qué va a poner en el libro que le dijo a ella?-. Se sintió satisfecho.

Jack tuvo un gesto que también pudo ser de autoconmiseración:

-El arte es breve; la vida es larga, viejo.

-Lew. Y es la última.

-Sí, Lew, muy bien. En verdad, voy a ser franco, dije: "No quiero seguir en este mundo repugnante". Así le dije. ¿Y sabe por qué ella no lo sabe?

_-Carezco de facultades adivinatorias, Jack. Buena parte de mi vida se me va en escuchar las razones que pretende dar la gente de la sinrazón ajena.

Jack se sintió realmente impactado.

-No es mala ocupación, ¿eh, Lew?

El detective privado, que acababa de matar a un hombre en una defensa propia que no terminaba de convencerlo, se revolvió, muy molesto.

-Adelante. Ella no se enteró. ¿Por?

Jack sintió la ola de estúpido pudor que le desvalorizaba palabras y sentimientos, no permitiéndole distinguir los límites claros que suele haber entre ambos:

-Porque se lo dijo en voz muy baja, Lew –confesó al final, con algo de autocondena.

"No vive, se escribe a sí mismo", pensó Archer con infame menosprecio por un lado, y por otro, con un difícilmente reprimible deseo de rascarle la nuca enrulada, traspirada y mugrienta como si fuera un gato de albañal, huraño y con aire compadrón porque nunca ha conocido el cariño y un almohadón mullido cerca de la estufa.

Jack declamó imprevistamente, con tono falsete:

-¿Por qué Dios creó esto tan sujeto a la descomposición y al engaño? ¿Por qué quiere hacerme comprender y gritar? ¿Por qué la tierra salvaje y los cuerpos desnudos y las interrupciones? -Miraba estúpidamente la noche, tan estúpidamente como lo puede hacer un papado. -La noche y todo lo que ella te hace –clamó acongojado.

-¿Cuáles interrupciones, Jack? –dijo Lew, divertido, pensando en que él había contado que ella usaba diafragma.

-Las interrupciones –fue la respuesta grave, con un dejo con mucho de estúpido y una pizca melodramática al cuete.

-Oh, sí: las interrupciones -aceptó Lew y sacó un cigarrillo de tabaco.

-Lew.

-Sí-. Estaba encendiendo. La noche era de una negrura magistral. Faltaría muy poco para las primeras hebras del amanecer.

-Usted también se ha separado –discurseó ante la evidente molestia del otro-. Nosotros, los hombres, comprendemos que el mar de negrura en los ojos oscuros de una mujer es lo mismo que el mar solitario-. La mirada cruzó por delante de la cara de Archer, hacia dónde estaba el océano y hasta se podía presumir su rumor -¿Y acaso vamos al mar a exigirle explicaciones o a preguntarle a una mujer por qué cruza las manos en el regazo sobre una rosa?

-¡Mierda, Jack!! Es una buena pregunta. Diría que es perfectamente redonda, aparte de buena. Tendría que ponerla en ese nuevo libro. Creo que vale la pena. Allí sí que quedaría bien.

-Lo voy a hacer, Lew, ya lo verá. No podré remediarlo. Está esa leyenda en mi gran cerebro, que es

mi obra-. El silbido admirativo de Archer taladró el aire común a los dos. –Ya lo creo. Quería decirle, en realidad, que en ella empecé a advertir ese temor que sienten los negros ante la sociedad de los Estados Unidos, del cual siempre me hablaba pero que era más palpable en la calle. Y a mí nunca me importó nada. Yo trataba de consolarla, de hacerle comprender que conmigo podía hacer lo que quisiera. Yo le decía: "En realidad, querida, un día seré una persona famosa y vos serás la digna mujer de un hombre famoso, así que no tenés que preocuparte".

-Pero ella... –quiso interrumpirlo.

Tuvo suerte: Jack siguió con lo suyo:

-Ella me contestó: "No me comprendés nada".

-Se acostaba con los amigos comunes –lo punzó Archer.

-Sí. Quizá habría podido recordarle nuestra diferencia de raza, lo que en esa época me hacía sentir bastante culpable, aunque ahora comprendo que sólo era una gentileza amorosa de mi parte. ¡Dios! -se derrumbó.

Archer vio quedar atrás el alarmante fantasma de una estación de servicio con las luces a medio apagar y los ojos fijos en el océano que eran las luces de posición de algún carguero afligido por alguna renguera o simplemente achicando lastre.

-Lew

-Sí, Jack. ¿qué pasa?

-Lew, ella nunca leyó mis obras inéditas. Solamente esa primera novela que usted puso ahí, que ni siquiera se dignó a leer el título, y que tiene bastante coraje, usted ya verá, pero que está escrita en una prosa bastante mediocre, para decir verdad.

-No tendría que ser tan autodestructivo, Jack. Para tarea tan noble están nuestros semejantes. ¡Vamos! ¡Amese un poquito!

El otro se rió con ganas.

-Cuando yo la poseía a ella, extenuado por el sexo, soñaba con el día en que ella leería las grandes obras que yo escribiré y que entonces me admirará. Carajo, este viejo que vive en mí proyecta grandes libros famosos para dejarla atónita.

Archer se tentó en buena forma ante tamaña espontaneidad y Jack le hizo coro. Cómplice, mirándose apenas cada tanto, se estuvieron riendo un buen rato. El muchacho volvió a desenroscarle la tapa a la petaca y Lew le rechazó el gentil convite con la máxima delicada gentileza que estuvo a su alcance: "Se está reventando despacito", alcanzó a pensar, "y lo peor es que lo hace hasta alegremente". Ajeno por completo, Jack liquidó lo que quedaba del cáustico brebaje con la misma ansiedad que si fuera ***Coca Cola*** helada.

-Creo que por lo pronto -retomó la conversación, sin mirarlo, atento al camino-, bastante atónita se va a quedar no bien se vea dentro de un libro. Debe ser

algo fantástico leerse a sí mismo como personaje literario.

-Todo lo imposible es fantástico-. Arrojó la petaca vacía por el ventilete entreabierto.

-¿Cómo fue que empezó todo?

-Oh, nada original. El acostumbrado comienzo de todos los amantes que se besan de pie en un cuarto oscuro.

-Bueno, no todos comienzan así –recapacitó Archer con un estremecimiento. No él, por lo menos.

-Es cierto –aceptó Jack sin demasiado convencimiento-. Varía la escenografía y el pequeño acto inicial, pero vaya uno a saber hasta qué punto es abstracta la vida en la ciudad de la Clase Conversadora a la que todos pertenecemos, y que es una Clase Conversadora que trata de racionalizarse a sí misma, supongo que movida por un materialismo sensual, realmente vil y casi lascivo.

-Por lo que veo, no tiene un alto concepto del medio en que vive.

-¿Acaso él lo tiene de mí? ¿Lo tiene usted?

Archer sonrió, complacido.

-Está por amanecer. No falta mucho para que yo me abra.

-Ha sido un excelente viaje –dijo Jack con algo de tristeza.

-Creo que sí –corroboró Lew, definitivamente parco-. No me contó si todo comenzó a desmoronarse por la intromisión de terceros. Aparte, usted habla como si esto hubiera ocurrido hace mucho. ¿Cuánto hace que pasó?

-Veinte días.

-¡Mierda! Hace un ratito.

-Envejecemos rápido, Lew. Lo que pasa es que no queremos convencernos. Conseguimos rápido la mayoría de las cosas, pero pagamos el precio de la vejez.

-Una razón saludable –murmuró. ¿El también sería viejo alguna vez? A los 35 años es desganadoramente difícil sospechar algo semejante.

Agregó sin pensar:

-No querer convencernos es una razón saludable, Jack.

-Sí, es posible. No voy a discutírselo. Pero envejecemos.

-Tarde o temprano, una ley biológica. Dejemos el tema. No me contestó lo que le pregunté.

-Lo siento; no me di cuenta. Creo que algo tuvo que ver mi repentino, iluminado, alegre y maravilloso descubrimiento de Wilhem Reich. ¿Lo conoce?

-No he tenido el gusto. Le soy franco. ¿Quién es?

-Reich. Wilhem Reich y su libro ***La función del orgasmo***.

-Todo un título, ¿eh? –canturreó en son de broma.

-Pero nada que ver con todo lo que usted se imagina. Está dotado de una claridad que yo no he visto desde hace mucho tiempo. Tal vez desde la claridad del dolor personal moderno de Celine.

-¡Mierda!

_Coincide entonces, conmigo –se alegró Jack.

-No veo cómo. Jamás he oído ni siquiera mencionar a ninguna de esas personas. Sólo que usted me hace acordar a alguien que conocí en la guerra y con quien estuve antes de salir para acá. Ahora se ha radicado definitivamente en Santa Bárbara. Un extraño y bello ejemplar de humano. Hijo único de un poeta y periodista, profesor universitario, agente de inteligencia durante la guerra y ahora también escritor. ¿Qué me dice del cóctel? Y hay gente que mira a los hombres como seres estrafalarios y se pregunta: "Por qué se puede llegar a amar eso habiendo tantas cosas dulces en la vida?".

Jack se sintió un poco desanimado y suspiró. No había escuchado.

-Ella también me decía: "Oh, no me vengas con ese Reich cuando estamos en la cama, ya lo he leído, ese maldito libro, no quiero nuestra relación disecada y rebajada por culpa de ese hombre.

Archer no pudo evitar sonreír ante la insólita revelación, lo que despertó una manifiesta curiosidad y bochorno en su improvisado acompañante:

-Perdón, Jack, no quiero ser soez, pero la cama no suele ser el mejor lugar para hacer literatura. Por lo incómodo, digo.

Jack festejó con cierto don de gentes el famélico humor. Sus labios tajantes dibujaron una tenue sonrisa. Archer lo apestilló:

-En el fondo, literalmente hablando, si usted quiere, ¿ella no habrá cambiado de autor o de género?

Lo que en un instante creyó que podía ser una pequeña obra maestra de genio agudo e improvisado fue un mazazo de frustración: Jack se quedó profundamente pensativo.

-Yo ya había advertido –dijo después de un rato- que todos los subterráneos, que prácticamente todos los intelectuales que he conocido, en realidad siempre han desdeñado a Reich de la manera más extraña.

-Bueno, entonces habrá que suponer que tienen sus razones. La casualidad no existe.

-Oh, sí. Por supuesto que tienen sus razones. Pero no por eso dejan de ser extrañas. Usted, en su relación, ¿no levantó también construcciones abstractas y entabló grandes guerras reduciendo a su mujer a la categoría de premio merecido?

Archer estuvo convencido que iba a pegarle. Luego estalló como si la pregunta originalmente careciera por completo de inocencia y en realidad fuera sinónimo de un aberrante toqueteo entre pederastas, de una perversa proposición largamente pospuesta:

-¡Mierda que es usted insolente! –ladró- ¿No podría sintonizar otra radio y dejar de gimotear con su bendita negra mestiza rendida en los brazos del amigo traidor?

Rayaba el alba. Acababa de producirse. Sin preámbulos ni anuncios. Y era apenas una línea procaz sobre la silueta de las sierras. Jack se quedó serio, cejijunto, como si la reprimenda hubiera sido para otro. Archer encendió una radio hiriente y tonta. Allí el mundo era feliz y plácido. Bastaba hacerle caso. Había una cantidad de productos que de sólo usarlos, con mucho menos trabajo que leer a Reich o cualquier otro onanista de su calaña, con mucho menos ardor del que se pone en pergeñar un libraco hediondo, rendía tributos inmediatos, benéficos y tan necesarios como una formulación metafísica de contramano.

-Jack.

No hubo respuesta. Pero unos ojos oscuros, de fijas pupilas dilatadas, lo miraron desde el rostro brillante. La mano de Archer palmeó con deliberada y viril hosquedad el hombro del muchacho:

-Lo siento, Jack. Lo siento realmente. Estuve grosero y cobarde. No tendría que haber dicho esa bajeza de la chica. No tengo ningún derecho, Jack.

Obstinado, silencioso, el muchacho negó testarudamente con la cabeza antes de decir algo.

-No tiene por qué hacerlo, Lew. Estuve indiscreto y todo esto es muy doloroso. Lo es porque lo estoy sintiendo. Mi dolor incitó innecesariamente el suyo. No tiene de qué disculparse, Lew.

-Gracias, Jack. Sinceramente pienso que usted, a su manera, es un hombre valiente.

-La clave más importante del coraje es la vergüenza-. Se reacomodó en su asiento. -¿Por qué tendrá que ser el dolor, pienso yo, el dulce ariete de un acto de amor?

Archer dudó muy seriamente acerca de su capacidad actual de reprimir el llanto y abrió su ventanilla para que el aire del amanecer ventilara las pestilencias del pucho y le resecaran cualquier rasgo húmedo en el cutis. El locutor anunció a Sinatra y la Fitzgerald con la misma enjundia que si se hubiera tratado de un cable urgente de la UPI anunciando la inminencia del Apocalipsis Estético.

-¡No me rompas el corazón, radio, con hermosa música! –bromeó Jack, imprevistamente recuperado, y con gran alharaca-. ¡Oh, mundo!

Archer se rió y la apagó.

-Buen trajín le espera llegar a Frisco sólo para escribir ese libro.

-Tengo el presentimiento que valdrá la pena aunque pueda ser necesariamente doloroso. ¡Mierda! ¡Claro que lo escribiré! La gente hablará de mí-. Se golpeó ruidosamente los muslos con las palmas. –Pero lo que más me preocupa, como le dije, es que tiene que ser una confesión. No hay otra manera. Y en esa confesión sé que no puedo traicionar las cosas más íntimas. O sea, los muslos, lo que ellos contienen. Entonces, ¿para qué escribir?

Archer lo miró, entre convencido y conmovido:

-Bueno, a simple vista no deja de ser un bello dilema.

-¡Lo es! –aceptó Jack sin suspicacias de ningún tipo-. Un bello y endiablado dilema, Lew. Los muslos contienen la esencia. Y sin embargo, aunque allí hubiera debido quedarme porque de ahí vengo y eventualmente ahí seré donde retornaré, igualmente debo escapar y construir y construir, construir para nada, para los poemas de Baudelaire.

Aunque no tenía la menor idea de quién se trataba y sentía repulsa por esos artificiosos dramas de ficción, hubo algo en la parábola que estremeció hondamente a Archer. Pero estaba lejos, así y todo, de ser un hombre capaz de engolosinarse fácilmente con la retórica.

-Va a tener que conseguir trabajo –concilió con vejez en el alma.

-Algo ya va a salir –dijo Jack. Tenía los ojos encendidos. De manera muy extraña y muy encendidos.

-¿Problemas con la cana? –infirió, como tanteando.

-No demasiado especiales. Todavía no se ha descubierto la manera de noquear a los subterráneos. Quiero decir: la menara de noquearlos a todos. Son las personas más invencibles de este mundo y la nueva cultura. El mundo invisible es demasiado beatífico para arrastrarlo delante del tribunal de las realidades sociales.

-¡Joder, Jack! Eso es todo un alegato ante la Corte.

-Podría serlo, podría serlo. Sólo que también es parte de este repugnante mundo.

Archer hamacó mañeramente la cabeza: "Palabras; mierdosas y etéreas palabras", pensó para sí y dijo:

-Aparte de los amigos, ¿va a Frisco por algo en especial? ¿Dónde sucedió el asunto con la piel roja morena?

-Allí, en Frisco.

Lew silbó, algo espantado.

-Eso es como cocinarse en su propio jugo, Jack. Me imagino que no se encontrarán para mostrarle los borradores.

-No , si ella no quiere. Es un ángel subterráneo.

-Ya me lo ha dicho.

-Los dos sabíamos que queríamos decir algo distinto que lo que decíamos. Por eso el libro. Saber cómo es la vida. Para decir verdad –sus ojos destellaron con algo espeluznante e inasible- hablábamos de túneles. ¿Conoce Frisco?

-Algo. En un tiempo tuve que andar por allí.

-¿Y conoce el túnel de la calle Stockton.

Saltar a explicación sobre esta referencia topográfica.

Archer acusó el golpe igual que esos boxeadores que justo van a cambiar el aire, relajan el abdomen y reciben el gancho con plenitud.

-¡Mierda, Jack! –tronó con alevosía-. ¿Podríamos cambiar de tema, por amor de Dios?

El vapuleado apenas si juntó ánimo para echarle una tenue mirada de reojo y quedarse quieto, otra vez infantil, en penitencia. Era evidente que Lew conocía Frisco de sobra y que nadie puede saber la carga eléctrica de vida que tienen los lugares y objetos para cada ser.

-Otra vez lo siento, Jack. Estoy descontrolado.

-No tiene ninguna importancia.

-¡Carajo si la tiene!

-En todo caso, no vale la pena insistir. Estará de cualquier forma en el libro. Ese túnel no puede faltar.

Ninguno de los dos podía saber que también faltaba Henry Miller, con uno de sus ***Trópicos***, para termi-

nar de eternizar el sitio como altamente sospechoso o por lo menos sugestivo.

-Creo que no debería escribir ese libro. No sé por qué mierda, pero no tendría que hacerlo.

-Yo creo que no podré evitarlo.

Archer hizo un gesto de escepticismo y desprecio. Más de lo último que de lo primero. No era ni de noche ni de día. Una hora insoportable, fantasmalmente ambigua, y no se animó a terminar de convencerlo que no debería escribir el maldito libro porque la literatura sirve a los muertos.

En realidad, no sabía lo que podía ser exactamente la literatura si no fuera por la prosaica idea de un escaparate de librería o los exhibidores móviles con colecciones de bolsillo en los quioscos, pero de repente lo había alcanzado la pristina certeza, matemática, indiscutible, que la literatura sólo servía a los muertos. Más exactamente: que atrás de cada libro había un poco de muerte porque no podía existir un libro que no tuviera una vacuna y mínima aspiración de eternidad.

-En el próximo cruce yo tomo a la izquierda –anunció Lew, mirándolo más de lo que debía en una circunstancia así-. Allí hay una estación de servicio y suele haber un bar abierto. Podría ser que necesitemos un café.

Los ojos de Jack iban arbitraria y tontamente clavados en las cosas triviales de la realidad que resucitaban con la luz.

-No es mala idea –contestó de pronto, como si se le hubiera disparado un resorte interior. Con la misma súbita energía, empezó a rastrillar la pelusa de sus bolsillos. Extrajo una chirolas que contó con religiosa devoción-. Y dos bizcochos tampoco me vendrían mal –sonrió.

Archer sintió crecer el enojo contra sí mismo. Lo que acababa de hacer el muchacho lo había conmovido groseramente. A un punto tal que tuvo que parpadear para sacar la inconsciente turbidez de la mirada. Con los dientes apretados y marcados los músculos faciales, comentó en tono agrio:

-Me gusta desayunar como la gente. Huevos y jamón. Nunca menos de dos tazas de café. Si está abierto, yo invito.

-Oh, gracias, Lew –dijo el muchacho emocionado. Faltó poco para que se pusiera a saltar de alegría.

Los ojos de ambos se encontraron.

-Estoy festejando unos dólares extras –sonrió Archer, pero se apagó de pronto porque en sus oídos, como el rumor de una placenta agigantado por el sistema de sondeo, creyó escuchar el gorgoreo de Puddler-. En realidad, para ser franco, no estoy festejando nada. Pero eso no quita que desayunemos como la gente-. Lo

dijo de muy mal modo. Cuando la gente no vivía como tal se ponía de muy mal talante. En realidad, todo lo que no comprendía, lo absurdo, lo ponía de mal talante y lo rebelaba.

-Me parece bien, Lew.

Puddler. El océano estaba allí, cerca, y por momentos, en medio del tranquilo y plácido aire de la mañana, venía el vaho del iodo y las algas.

-Espero que mi libo le guste, Lew. Le puedo asegurar que tiene bastante coraje.

-Oh, seguro.

-Tengo que mejorar esa prosa. En Frisco lo voy a intentar, Lew. No podré hablar de ella sin hablar de los subterráneos y eso es algo que vale la pena.

Por toda respuesta, Archer lo miró. El muchacho seguía con su mirada fija en el pavimento ya iluminado del todo, pasó el primer cartel indicador de la proximidad de la curva, y él ya sentía la soda en las piernas y la estopa en la cintura por todas las horas de manejo. Cambió de posición porque ya faltaba poco.

-Soy investigador privado, Jack –dijo, pero en realidad no a Jack, quien sonrió apenas y dulcemente, autocomplaciente, como si le hubieran confirmado ante notario la agudeza de su inteligencia-. Fui policía un tiempo porque creí que se podía serlo. De alguna manera sigo siéndolo, y eso quiere decir que todavía creo que puede haber alguna manera de serlo.

Jack no se inmutó. Tampoco lo miró.

-Ayer he matado un hombre, Jack.

-¡Mierda! –salto el otro, francamente tocado.

Archer se encerró en un total mutismo. En el fondo del pequeño horizonte ya se divisaba el pequeño bosque artificial de los carteles del cruce.

-¿Eso le cambia totalmente el parecer? –lo acicateó.

Jack seguía alarmado.

-No -cabeceó-. Creo que no. Pienso que si me lo cuenta es porque le duele. Los criminales jamás cuentan. O se ufanan o se defienden o se justifican. Y a usted parece que lo tiene atragantado. Fue duro, ¿no, Lew?

-Fue en defensa propia.

La cara de Jack sufrió una alteración igual a que si le hubieran pasado un rasero.

-Lo suponía –dijo después, con cierta desconfianza.

Archer sonrió y dio el volantazo sin aminorar, tomando la entrada a la estación de servicio. En el momento de clavar los frenos frente a los surtidores, agregó:

-Creo que lo malo es que fue ***realmente*** así y que eso tampoco alcanza.

Descendió. Salvo una tibia luz ya innecesaria en la caseta de guardia, todo lo demás estaba inmóvil. El bar tenía una quietud de cementerio con las sillas patas

arriba sobre las mesas: “Adiós desayuno”, se dijo irónicamente.

De la caseta emergió un hombre cuarentón, con mameluco enterizo, de mangas largas, y de una pulcritud que podía a aspirar a algún puesto en un hospital privado. Traía el paso cansino, poca convicción y trozos de almohada pegados todavía en los párpados. Sin embargo, por algún reflejo inveterado y ancestral de su ***mise en scene*** para la vida, se venía restregando maniáticamente las manos con estopa también inmaculada, seguramente aséptica, y con el frenesí con que la obsesividad le decía que ese restregarse le terminaría por pulir las grietas eternas y engrasadas que le habían cuarteado los dedos, unos dedos cuadrados como espátulas, macizos.

Se saludaron. Era un amanecer agradable y reconfortante.

-¿Se lo lleno?

Archer asintió. El otro descolgó la manguera, destrabó el funcionamiento del mecanismo bombeador y controlador no sin antes echar una mirada cargada de recelo a eso que había emergido del vehículo y que venía acercándose por atrás de Archer.

-Bueno, Lew.

Este giró, sonriendo.

-Veo que no hay caso con el desayuno -comentó Jack innecesariamente.

-Hemos quedado en deuda con nosotros mismos –rió Archer.

-Sí, creo que sí-. Jack estaba repentinamente tímido, injustamente atemorizado o súbitamente urgido. –Bueno Lew, hasta la vista. Ha sido realmente un gusto-. Tendió la diestra.

-Adiós, Jack-. Ahora sí, se la estrecharon, no intentaron vencerse. –Y muy buena suerte con esa tarea, ¿eh?

Jack se fue alejando sin dejar de mostrar la mejor de sus sonrisas. Y al final hubo un momento en que viró la cabeza y encaró definitivamente la ruta, cruzando la transversal que iba de Nevada al Pacífico, para instalarse otra vez sobre la 101, un poco más allá del cruce y empezar a desear el tráfico que crecía con rumbo a San Francisco.

-¡Vagos de mierda! –barbotó la voz acre, mirando como corrían los carretes del medidor-. Han infestado todos los caminos de la costa oeste. Roban, matan y desparraman sus gonorreas. Tengo tres hijos en edad escolar y ya les he dicho que si alguno, en vez de trabajar como debe trabajar todo cristiano, se echa el mono al hombro como estos harapientos, bueno, amigo, creo que voy a ser capaz de sepultarlo con mis propias manos –las exhibió, poderosas, como si todavía no creyera- en algunos de los depósitos subterráneos de combustible.

Archer volvió a echarle una mirada a las manos, que ahora atenazaban el grotesco pico del que manaba nafta, y luego el rostro encendido por una honesta y puritana cólera. Coligió que no era más que un típico americano típico, si bien hasta el momento, salvo el lapso de la guerra por el Pacífico Sur, Japón y la Alemania destrozada y derrotada, la gran mayoría de sus 35 años los llevaba vividos en ese país, no habiendo podido nunca terminar de comprender a sus compatriotas y entender qué se quería decir, exactamente, cuando se hablaba de un norteamericano típico, si un irlandés fácilmente alcoholizable o fácilmente escandalizable e irascible, si un polaco bruto y miserable, si un italiano farsante y charro, si un judío retraído y ambicioso, o si se trataba de la sucia prepotencia de piernas arqueadas, vaciedad de ideas, juicios sarcásticos y elementales, pésimo sentido del humor y fanfarronería gratuita, como ese eterno film de sí mismo que era John Wayne. Pero éste era un americano típico. Al menos así parecía hasta oler. Y entonces un americano típico tal vez fuera sólo eso: alguien que blandía la manguera del surtidor como si fuera la espada de San Gabriel, el pelo cortado estilo cepillo, facciones regulares, casi aniñadas, dentadura pareja, corta y firme y una nariz muy respingada que dice:

-Mierda, amigo, no hicimos la guerra para ablandarles el colchón a esta recua de corruptos y hara-

ganes. Los nipos nos dieron su trabajo y para que se calmaran tuvimos que achicharrarlos en Hiroshima y Nagasaki. ¿Usted hizo la guerra?

Archer asintió con la cabeza porque no estaba con el ánimo como para entrar en detalles.

-Entonces sabe que no miento –se envalentonó, haciendo resaltar la pulcritud de su mameluco-. ¿Le limpio el parabrisas y la luneta? ¿Aire? ¿Aceite? ¿Agua?

Archer asintió a todo. Era un americano típico el buen hombre. Lo malo, quizá, era que no podía ser más que un americano típico y un buen hombre. En lo poco que había alcanzado a ver del mundo, era sombrosa la cantidad de hombres iguales que había. Seres que, más que americanos típicos, japoneses típicos o alemanes típicos, sólo llegaban a ser hombres típicos. Capaces de pelear la miseria de un céntimo en lugares donde no les pertenecía ni la estopa ni el mameluco, y a la vez seguro que a la menor observación eran capaces de reaccionar con mayor dignidad ofendida y cháchara que un senador demócrata por Wisconsin. Sí, había cosas de los americanos típicos que nunca iba a terminar de entender. De los hombres tipo tampoco. En realidad, muchas veces lo que confusamente se puede llamar naturaleza humana se le aparecía con una sencillez que lo entristecía y, acto seguido, se decía que no podía ser así, que iba a resultarle un enigma indescifrable. El resulta-

do último de todo su pensamiento fue un suspiro hondo, entre el desconsuelo y la resignación.

De pronto lo sobresaltó el bufido antidiluviano del gigantesco Mack semiremolque, enorme, cuadrado, ñato, tan parecido y tan alto como un edificio de departamentos, y para mejor con el escape arriba del habitáculo, asqueroso como una chimenea de caldera.

Allá, del otro lado del cruce, hubo un corto parlamento a los gritos y Jack terminó boleando su pequeña mochila. Antes de desaparecer del todo por la alta portezuela, trepado a la escalerilla, quizá remedando sin querer a algún ancestral pirata que había andando por California siglos atrás, saludando al amor que queda en puerto y embarazada, mientras trepa hacia el velamen, el muchacho agitó completamente el brazo izquierdo, ampulosamente, en postrer despedida.

Archer le respondió de igual forma, con gesto adusto y fruncido el ceño. Que quizá nunca volvería a ver a ese ignoto y desesperado muchacho era algo que escapaba a la torpeza de su envalentonada razón.

-La tapa del filtro ya está vieja y viene tirando aceite, amigo –dijo el de la estación de servicio. Sonó como si el desperfecto del auto tuviera la misma escala de valores que una cena atrasada, fría y cruda, digna de un escandalete matrimonial-. Le puse medio litro y le dejo el resto de la lata en el baúl, bien tapada. Arregle

pronto eso o ande con cuidado porque puede fundir bielas en cualquier momento.

-Lo tendré en cuenta.

Fue por el trapo rejilla húmedo y la emprendió frenéticamente, con bríos vírgenes, contra los vidrios.

-¿Usted trajo a ése?

-Lo alcé en el camino, a la salida de Santa Bárbara.

-La confianza no es buena consejera. Los cementerios están llenos de gente de buen corazón.

-Es una verdad, lamentablemente.

-No se le debe tener confianza a nadie.

-Lo tomo bien en cuenta.

-No lo dije por usted, amigo –retorció el trapo con energía y sobre el pavimento cubierto de una pátina grasosa quedaron unos goterones de agua sucia como si fuera clara de huevo y encima las ventanitas relumbrantes por la infección de aceite-. Se ve de lejos que usted es un hombre decente. Disculpe la intromisión: ¿policía, por un casual?

A Archer se le escapó una involuntaria carcajada. Aunque, más que carcajada, exactamente fue sólo quitarse la sorpresa de encima de una manera más o menos elegante.

-Yo diría que más que eso y antes que eso –respondió, muy solemne.

El otro dejó el secado que venía realizando esmeradamente con los ojos como huevos fritos.

-La verdad es que no soy muy listo –balbuceó atónito.

“Tampoco es necesario que lo confieses”, pensó Archer, “está a la vista de todo el mundo”.

-Seguro -dijo después.

El hombre suspiró aliviado y le dio con mayor enjundia a la pulcritud del parabrisas. La normalidad del mundo tenía la virtud de calmarlo y alentarlo.

-Una excelente y próspera actividad –admitió después de un rato, como si le hubiera costado llegar a tan rotunda y tajante conclusión-. Sobre todo después de la guerra. Cantidad de conocidos míos y clientes se dedican a eso. Y les va bien. ¿A usted también le va bien¿

-Seguro-. ¿No se le notaba, acaso?

-Formidable rubro. Le aseguro que lo envidio. Diga que ya elegí mi vida. Me gusta este cruce de caminos. Yo soy de Colorado y por cierto que desde chico me gustaron los cruce de caminos. Destinos que a uno se le atraviesan sin ninguna razón. A mí me gustaron los cruce de caminos como otros hombres se encandilan con las pelirrojas-. Su chispeante ingenio le hizo brotar una risotada. –Hasta estuve por ingresar a la policía porque mi sueño era estar de guardia, firme, controlando un cruce caminero con un radio patrulla.

-Una verdadera lástima no haberlo intentado –lo zahirió Archer.

-Ya lo creo. ¿Usted cree que hice mal? –se acongojó el hombre-. Mi padre fue el que me sacó la idea de la cabeza. Era un hombre de muy pocas ideas, pero todas muy claras. Yo ya había empezado a ir a los bailes y mirar las chicas cuando un día me llamó y me dijo: "Sacate eso de la cabeza, alcornoque", me dijo, "nunca te van a apostar en un cruce". Encontré que era perfectamente razonable lo que decía mi padre. Tal vez me equivoqué. Nunca se sabe. ¿Usted qué opina?

Archer tuvo que aceptar que ni el doctor Spott hubiera sido capaz de una sentencia tan explícita y concluyente.

-Aparentemente su padre era un hombre muy perspicaz –dijo en cambio.

-¡Pobre papá!-. El hombre contempló su obra, una fugaz mirada al cielo y por último a Archer. Este no tuvo más remedio que admitir que lo hecho por el hombre con los vidrios sucios era un ***capo lavoro***.

-¿Ya no vive su papá? –preguntó con un hilo de voz.

El hombre se le acercó, teatralmente cauto. Ahora se restregaba otra vez las manos, pero era con el rejilla sucio y húmedo.

-Lo pateó un caballo. Un caballo manso. El caballo que venía usando a diario en sus últimos quince

años y que jamás había alzado la cabeza del puerco suelo. Bueno: se encabritó y lo pateó sin más. Jueves 21 de abril de 1937, a las 9.50 de la mañana. ¿Alguien hubiera podido adivinar que a papá le iba a pasar tal cosa un jueves 21 de abril, en 1937, a esa hora ridícula? Nunca vamos a poder entender por qué la bestia hizo lo que hizo. Le dio justo con la punta de la herradura en la frente. Lo dejó ahí, mirando al cielo con los ojos totalmente abiertos y usted no hubiera podido creer, aún si lo hubiera visto, todo el asombro que le quedó al pobre papá como último gesto.

A Archer había empezado a disgustarle el imprevisto giro de la conversación.

-La conducta de los animales –dijo- es ciertamente enigmática y caprichosa. Sucede con todos los seres irracionales.

Al hombre se le iluminó el alma:

-¡Usted lo dijo! –lo apuntó alegre y acusadoramente-. No me podía acordar de la palabra: irracional. Los animales lo son-. De pronto se desinfló y empezó a mostrar un aspecto desposeído, como una gigantesca goma de tractor en llanta:

-¡Pobre papá! –rememoró. La idea de la muerte, no por familiar y repetida, deja de ser consternadora. Era evidente que le resultaba un recuerdo difícil de incorporar a su anecdotario de uso personal y exclusivo.

Archer procuró ayudarlo a salir del mal trance:

-¿Cuánto le debo?

El imprevisto interrogante fue un mazazo. Hasta los dedos se le pusieron rígidos en el conteo. La traba de todo estaba en que la nafta también tenía dos decimales y eran tres las cifras con arrastre en la suma. Pero al quinto intento lo logró.

-Guarde el cambio –dijo Archer cuando le entregó los dos billetes.

-Agradecido, señor. Y cuídese. No cargue más esa gentuza. Si todos ponemos un poquito, podemos colaborar y hacer la vida bastante mejor. El pastor nos lo recuerda todos los domingos en el sermón. Es nada más que un poquito cada uno, pero todos.

Archer sonrió y con un quejido vocal y varios más, pero sordos, articulares, tomó otra vez posición frente al volante.

-Lo tendré en cuenta –dijo mientras daba arranque. Ahí fue que vio el libro de Jack.

-Buen viaje, señor-. El hombre dio un prudente paso atrás. Era un hombre bien ubicado y conocía su lugar en el mundo. Ahora la estopa inmaculada era otra vez la encargada de restregarle sus manos de piel ajada curtida por lo corrosivo del combustible.

-Oiga, amigo –aceleró Archer para volver a calentarlo-. Tome. Le dejo esto como recuerdo. Es de un buen amigo y yo ya lo leí. Se lo recomiendo. Estoy seguro que le va a interesar.

El hombre se apresuró a restregarse más las manos para no manchar el libro. Más que con agrado o avaricia, recibió el imprevisto obsequio con azoramiento y no poca aversión.

-Que lo disfrute –enganchó la primera-. Hasta la vista-. Con una cínica sonrisa para su exclusivo coleto lo observó por el retrovisor hojearlo de la misma forma que un simio puede enfrentar un tablero de ajedrez con una [.....] de mate en cuatro jugadas. Tomó la lateral hacia la costa y no vio cuando el otro, luego de observar que el auto ya estaba a la distancia suficiente, fue hasta el borde de la 101 y lo arrojó sobre la ruta a la par que coronaba el gesto exorcista con un soberbio y despectivo: "¡Mierda con los libros!"

El hombre se volvió hacia la caseta, presto al segundo tiempo de su desayuno copioso. El vaho de la brisa y algunos amagos de viento volvieron al libro de atrás para adelante y de adelante para atrás como si lo estuvieran leyendo de ojito duendes juguetones. El sol apareció del todo atrás de las sierras y hubo un momento, apenas un instante, que en la soledad de la banquina y al cielo blanquecino quedó la carátula autografiada: ***To Lew***, el piolín y la isla redondeada en torno al título ***On the road***, y después el otro piolín ***of the Unites States (hip, hip, hurra!)***, luego ***from Jack, with love*** y arriba, una tipografía menos destacada decía que el autor era ***Jack Kerouac,*** por lo demás un casi seudónimo,

porque para la policía y el país en sus documentos figuraba como Jean Louis Lefris de Kerouac, nacido en el Quebec, ciertamente un desconocido, un paria, un anónimo en medio de decenas de millones de seres donde cada uno en sí mismo no tenía más que compañía que ser por sí solo un Sociedad Anónima de responsabilidad totalmente Limitada.

Al abandonar el repecho de la colina y ahora sí, desde allí arriba dominar con la vista toda la majestuosidad del océano, a Lewis Alfred Archer lo asaltó fugaz e inconscientemente la imagen del muchacho en la alta cabina, su estómago vacío y sus ojos dilatados, sin más provenir que llegar a San Francisco y enfrentarse a hojas de papel en blanco.

Sintió lástima. Imprevista, estúpida e inconsistente lástima. También irracional. Aunque no tanto por el muchacho, al que seguramente no volvería no ya a ver sino tan siquiera a sentir mencionar, sino por sí mismo: todavía le faltaba saber si iba a poder pescar, fin y objetivo último de esa travesía solitaria.

William A. Pilgrim

Long Beach, 1995, título original *Meeting on the road.*

Retornar al índice

REFERENCIAS

[**N del T**.] Intraducible juego de palabras entre la paronimia del nombre del lugar, Lowell, y ***lower***, inferior, de abajo, usado muy despectivamente. Volver al TXT.

[**N del T**.] Otro intraducible juego de palabras. ***Holidays*** es comúnmente usado como vacaciones, pero también alude a los **días de guardar**. Retornar al TXT.

[**N del T**.] Literalmente quedó instalado para aludir en general al que está en onda, bien informado, y hasta es un poco sofisticado. Pero ubicado en este contexto alude a una de las nominaciones que se usaban en esa década, dentro del movimiento ***beat***, para referirse a uno de los tantos formatos espontáneos formados en la cultura ***underground***. Otras acepciones, un poco anteriores, ubicadas en los 40, hacen referencia a que el término nació para rotular a los particularmente interesados en todo aquello que fuera nuevo, trasgresor, no convencional, y dentro del ambiente de la música, del jazz, a los que en esa búsqueda comenzaron en la ingesta sistemática de estimulantes. Regresar al TXT.

[**N del T**.] ***Mary Jane***, en el original, nombre con que bastante habitualmente se denominaba a la marihuana entre los adictos. Volver al TXT.

[**N del T**.] Habría sido en ese lugar justamente donde, en 1929, fue asesinado Miles Archer, el padre de Lew y socio de otro detective privado no demasiado simpático, un tal Sam Spade. Allí vivía también, por esos años, el ex policía privado y luego autor de policiales, de ideología comunista, Dashiell Hammett, según lo dejó saber Joe Gores. Retornar al TXT.

Volver al índice general

Nota de tapa del ***Newsweek***, marzo 3 de 1971, págs. 101/108

EL ARTE DE ASESINAR

Era una escalofriante mañana en Santa Bárbara, California, cuando manó el terremoto. Y desde el patio ubicado en la cima de la colina donde está la casa de Kenneth Millar, en la comunidad costera cercana al Hope Ranch, la vista era lujuriosa y serena como siempre. Los picaflores del jardín aún dormían la fatiga de la danza nupcial del día anterior. Los añosos cipreses de Monterrey hacían erguidamente guardia sobre la amplia y moderna casa de Millar, sus cinco fuentes para los pájaros, su mujer Margaret, sus dos perros y la pileta de natación que en el fondo tiene pintada una sirena de prominentes senos. Incluso el reciente terremoto que asoló Los Angeles no podía quebrar realmente esta clase de calma. A decir verdad, temblaron por un minuto o algo así las ramas del monte de paltos que está más abajo y la pileta escupió algo de agua hacia algunas plantas centenarias más cercanas. Entonces todo volvió a calmarse otra vez.

Calma debe ser su segundo nombre de pila. Ciertamente nadie, en un primer encuentro con él, podría soñar que este pulcro y viejo abuelo de 55 años; que este hombre de modales tan suaves y charla tan agradable y tranquila; que este amante de los pájaros, este ambientalista y ciclista, doctorado en literatura

inglesa, cuyo máximo placer es mascar chicles sin azúcar y con sabor a frutas, dedica su vida al crimen. Y sin embargo, bajo su alias de Ross Macdonald, es reconocido por millones de seres en el mundo como un maestro del asesinato, la violación, la extorsión y el incesto. Macdonald, por supuesto, es demasiado inteligente para cometer él mismo estos hechos espantosos; tiene otra gente que los hace por él en las novelas que ha estado escribiendo sobre el crimen en California por cerca de un cuarto de siglo.

Lo peor

Su duro -pero humano- detective, Lew Archer, es el héroe favorito de los entusiastas del crimen desde Oslo hasta Tokio; tan querido que casi cinco millones seiscientos mil ejemplares de las veintidós novelas de Macdonald se llevan vendidos hasta ahora. ***La mirada del adiós***, una incursión por la parte menos presentable de California, fue ***best seller*** y también un suceso para la crítica en 1969. En el artículo central de la sección libros del ***New York Times***, el crítico y novelista William Goldman, uno de los tantos intelectuales fanáticos de Macdonald, señaló inequívocamente que ***La mirada del adiós*** era “otro magnífico agregado a los libros de Archer, la más refinada serie de novelas policiales que haya escrito nunca un norteamericano”.

El mes pasado. La vigésimo segunda novela de Macdonald, ***El hombre enterrado***, apareció produciendo un mayor impacto y nuevamente se encaramó en la

lista de best sellers. La sección libros de ***The Times*** le dedicó una rimbombante alabanza a página entera. Esta vez la crítica no fue otra que Eudora Welty, la formidable autora de Mississippi, cuya novela ***Batallas perdidas*** fue nominada para el premio nacional de este año. La señorita Welty escribió: “En nuestros días, es por una novela de la categoría de ***El hombre enterrado*** que el formato policial existe. Creo que también importa señalar que es este formato policial, con todas sus difíciles exigencias y sus correspondientes encantos, el que hace que una novela así sea posible”.

Tal elogio es raro, pero para una novela policial es inaudito. Durante mucho tiempo Ross Macdonald no ha sido prácticamente tomado en cuenta por los críticos, a pesar de su larga carrera, al igual que la mayoría de los escritores policiales. La ficción policial siempre ha sido una abandonada hija adoptiva de la literatura, abandonada por los críticos y guardada en su lugar por los editores. Los lectores, sin embargo, en tremendo número, siempre han sido fieles hacia sus sabuesos favoritos, desde Sherlock Holmes a Nero Wolfe y de Sam Spade a Lew Archer. Como resultado, las novelas policiales y de suspenso se han convertido en el cómodo rubro fundamental de la industria editorial norteamericana.

Cada año, arriba de trescientos nuevos títulos policiales son publicados en los Estados Unidos. Esto significa que por los menos uno de cada seis títulos que se vende es un libro policial o de misterio. Nadie jamás ha contado el número total de libros de este género que

se venden anualmente, pero la cifra obviamente tiene seis ceros. Solamente Mickey Spillane ha vendido como pan fresco cien millones de ejemplares de sus ***intensas*** novelas en los últimos veinte años. E incluso, más notablemente, casi ninguna novela policial ha fracasado. De acuerdo a Lee Wright, director editorial de la colección de misterio de la ***Random House*** y un renombrado experto en ese campo, las ventas de este formato raramente están por debajo de los cuatro mil ejemplares de ediciones encuadernadas no rústicas. Un fenómeno único.

Las pavadas

No solamente la ficción criminal tiene una repercusión masiva estable, sino también que es el vicio favorito de académicos y tragalibros. En un famoso ensayo llamado ***La vicaría culpable***, el poeta W. H. Auden confesó: "Para mí, como para tantos, la lectura de historias policiales es una adicción como el tabaco o el alcohol". Ver referencia a este autor. Somerset Maugham una vez predijo que los futuros historiadores de la literatura tendrían que "pasar un tanto livianamente por arriba de la obra de muchos novelistas ***serios*** y volcar su atención en los inmensos y variados logros de los autores policiales".

Ha sido tan grande, en efecto, el entusiasmo de los intelectuales por el género que el crítico Edmund Wilson una vez se vio compelido a ver de qué se trataba toda esa bullanga. Después de estudiar varias nove-

las policiales, quedó desconcertado y escribió, en su famoso trabajo titulado ***¿A quién le importa quién mató a Roger Ackroyd?***, que "la lectura de novelas policiales […], por pava y un poco perniciosa, está ubicada en alguna parte intermedia entre los crucigramas y el fumar". Sin embargo, G. K. Chesterton ha contestado a esta acusación en 1902 con su ***Una defensa de las historias policiales***: "Es la más primigenia y única forma de literatura popular", escribió, "en la cual se expresa algún sentido poético de la vida moderna".

La ficción policial ha continuado siendo una ventana a la realidad contemporánea, especialmente en los Estados Unidos. Y dentro de la moderna tradición norteamericana de los ***duros***, California, la avanzada del futuro norteamericano, ha sido siempre la tierra natal de las novelas policiales. Dashiell Hammett y Raymond Chandler inventaron al detective ***duro*** basados en la mugre de California. Y Ross Macdonald ha heredado ese estilo, esa quintaesencia norteamericana en mangas de camisa, esa tendencia al lenguaje crudo y la sicopatología de la civilización urbana. Más que eso, Macdonald ha perdurado en la década del 70 y ha amparado sus historias con nuevas verdades y problemas de hoy y su especial, personal marca en el orillo: la ruptura del ámbito familiar y ese ir en busca del padre perdido.

El parentesco

El hombre enterrado es el ejemplo maduro de la visión de Macdonald. Un chico es raptado. Un cadáver es encontrado. Pero el misterio real que Lew Archer desenreda tiene más que ver con los lazos parentales que con el secuestro o el asesinato. Un adulterio al que se ha echado tierra encima y un largamente olvidado nacimiento ilegítimo han vuelto a obsesionar la vida y hace peligrar la salud de dos jóvenes que han desenmascarado parte de la verdad de su pasado. Stanley Broadhurst incitó a que lo mataran antes que el esqueleto paterno sea exhumado de su tumba secreta en un roncador ***Porche*** rojo. Pero Archer se las ingenia para seguir adelante con su estilo de siempre y hace lo mejor para desenmascarar los lazos de sangre y devolver juntas a las familias desarticuladas.

Mucha de esa ruda gracia de Archer fue captada por Paul Newman en ***Harper***, película de 1966, donde rebautizaron al héroe para proseguir con la buena suerte que la H le traía a Newman, igual que en ***Hud*** y ***The hustler***.

Más un terapeuta que "el más duros de los ***tiras*** duros", como él tiene acostumbrado presentarse en la contratapa de sus libros, Archer sondea con el pasado y la psiquis de las gentes sin jamás injertarse él mismo dentro del caso. Macdonald tiene escrito de este muro de los lamentos de Long Beach, que "cuando él [Archer] se pone de perfil, casi desaparece". Pero a través suyo Macdonald ha sido capaz de investigar California y su **resbaladiza cultura rockera** tan concienzudamen-

te como ningún otro lo escribió. Ir a aclaración sobre el concepto. Y en ***El hombre enterrado***, Archer / Macdonald están trabajando juntos en el pico más alto, haciendo con retazos la más moderna tragedia norteamericana, haciendo literatura fuera del formato ***thriller***, poniendo la mira más claramente que nunca dentro del futuro tal como éste se enuncia a través del smog. La retobada compasión de Archer por el pequeño secuestrado es un implícito alegado por los valores humanos en una sociedad cuyo símbolo mayor puede ser una autopista con su constante fluir, ruido, polución y ausencia de contacto humano.

Por encima de eso, como escritor, Macdonald una vez más ha llevado más lejos los convencionales límites del género con una historia que trasciende la mera detección y con un lenguaje que es tajante y ricamente simbólico. Su metáfora chisporrotea con la autenticidad californiana. Acá está Archer rumiando sobre un marginado barbudo dopado: “Pertenece a una generación cuyos mayores han sido envenenados, como los pelícanos, con una especie de DDT moral que daña la vida de su prole”. Y como en todas las novelas de Archer, la acción corre arriba y debajo de la ruta 101, que costea el Pacífico, con incidentales tropiezos que van desde una mansión victoriana cerca de San Francisco a la habitación de una veinteañera ***voladora*** en Pacific Palisades, al oeste de Los Angeles, hasta un refugio en la cima de una montaña detrás de Santa Teresa. Ver aclaración.

El Fuego

Santa Teresa, el nombre en código que Macdonald usa por Santa Bárbara, es el centro del país de Archer y el punto donde hace foco la visión que Macdonald tiene de una California en la que los nuevos ricos precariamente se han posado entre el mar y la montaña y donde han procedido a vulgarizar con ahínco tanto sus propias almas como el incomparable entorno natural. El apego de Macdonald por el paisaje californiano siempre ha sido fuerte; en su rol de Kenneth Millar es un activista del movimiento ecologista de Santa Bárbara, pero en ***El hombre enterrado*** él ha hallado su más poderosa metáfora natural: un cataclísmico incendio en el desfiladero que amenaza con prender la ciudad. El fuego brama como una plaga moral a través del libro y el hecho de que el pucho de un hombre muerto sea el punto de inicio de un foco incendiario hace de su asesinato un crimen del crimen.

"Un crimen ecológico". Estas fueron las primeras palabras que Ross Macdonald apuntó en su anotador de espiral, la primera de una larga serie de anotaciones que eventualmente devinieron en ***El hombre enterrado***. "Yo quise un crimen que amenazara a una ciudad entera", rememora. "No podía usar el derramamiento de petróleo que había ocurrido aquí hace dos años. Saltar a aclaración sobre este punto. Esto era también inmenso como tema y yo también estaba condenadamente cerca de él. Entonces se me ocurrió el incendio de Coyote, en 1964. Alcanzó a llegar a unos ciento cincuenta, doscientos metros de nuestra casa.

Algunas chispas alcanzaron realmente la edificación y fuimos evacuados, pero yo me quedé dos noches mojando el tejado".

Las primeras notas asentadas fueron hechas en pleno verano de 1969. La escritura continuó hasta julio de 1970 a un promedio sostenido de mil palabras manuscritas por día. Macdonald trabaja en su dormitorio, sobre un tablero que asienta en los brazos de la misma silla tapizada con una imitación de cuero color rojo en la que escribe desde que se vino a Santa Bárbara, en 1946, después de servir en la Armada estadounidense: "Es una silla que trae suerte propicia", dice él. Y no es la única de los Millar. Hay una vieja silla de arce en la que Margaret Millar ha escrito sus veintiún novelas desde los días en común en Ann Arbor, Michigan, a comienzos de la década del 40. Ken trabaja de mañana; Maggie toma el turno vespertino. Y mientras ellos escriben, ***Brandy***, un enorme, ciego ovejero alemán que sufre estoicamente su displasia de cadera, se les sienta cerca y ladra atronadoramente al más tenue indicio de provocación proveniente del timbre de la puerta o el teléfono.

Las andanzas

Brandy va a todos lados en Santa Bárbara con los Millar, en el asiento trasero del achacado Ford azul recubierto con obleas autoadhesivas que tienen leyendas antibélicas y proecológicas. Kenneth Millar, en realidad, no ha abandonado a ***Brandy*** durante tres años.

“Yo la camino mucho a Santa Bárbara”, dice él. “No encuentro nada mejor que dar vueltas por el centro. Lo hago regularmente. Esta tiene justo la medida para ser una ciudad. Esta hecha a medida humana, con el tamaño aproximado de la Atenas en la época de Pericles, como lo puntualizara el urbanista Constantine Dociadis cuando estuvo aquí”. Retornar al Caso Galton.

Los Millar llevan una extremadamente vida calma y ésta se ha vuelto más calma desde que su única hija, Linda, murió de un ataque cerebral a los 31 años, a fines de 1970. Los Millar no tienen vida social, dicen los amigos. Se mezclan con los demás principalmente en las reuniones ambientalistas o en las salidas de investigación de la Sociedad Audobon. Ver. “Ellos son notoriamente antisociales”, observa W. H. ***Ping*** Ferrow, un compinche observador de pájaros y ex vicepresidente del Centro de Estudios de las Instituciones Democráticas de Santa Bárbara. “Ken y yo vamos juntos al cine, pero Maggie no asoma la nariz después que oscurece”.

Resulta difícil imaginar personas más calmas y retraídas que los Millar. Incluso la forma cómo se visten carece de notoriedad. Ken se uniforma con una vieja camisa de franela, abierta en el cuello, y un gorrito de jugador de béisbol. La indumentaria favorita de Maggie es una camisola y zapatillas de tenis. Y cuando salen a cenar, por lo común sucede muy temprano en un modesto bar del centro conocido como ***La cafetera de Cooper,*** donde han estado comiendo por un cuarto de siglo. Ir hasta una consideración al respecto. Al final de

la comida, los restos de carne siempre son envueltos en una servilleta para que los aproveche ***Brandy***, que está afuera, en el auto.

Los rompecabezas

Pero toda esta tranquilidad es solamente el aspecto superficial de sus existencias. Maggie puede matar el tiempo acurrucada sobre un canapé de su espacioso living sorbiendo ***Gatorade***, releyendo ***El fin de los Howard***, novela de E. M. Forster, y con la mano izquierda ir armando un intrincado rompecabezas ***Kooning***, pero su mente está en el crimen y cómo arreglárselas para salir adelante con su última novela policial. Ken, también, tiene otro **archer** en movimiento. Y los dos mantienen contacto con los infiernos asistiendo a los juicios locales. “Ken se interesa en el más violento tipo de crimen; asesinato, ese tipo de cosas”, dice el magistrado John A. Westick, de la Corte Suprema de Santa Bárbara, que presidió el caso del reciente incendio intencional del Bank of America con los Millar entre la audiencia, y que es el que frecuentemente les advierte de los juicios interesantes, tal como hace poco el de la madre loca que baleó a su bebita.

El errante

En realidad, casi nada de lo que Ken Millar ha oído en testimonio dentro del gracioso estilo misional de la corte del condado de Santa Bárbara será transplantado en forma directa dentro de una novela de Ross

Macdonald. Su materia prima básica –familias rotas, padres perdidos, hijos desorientados, sin raíces- proviene en su totalidad de su propia vida, de gente que él conoce y especialmente de su tétrica, ambulante niñez por Canadá.

Aunque en realidad Kenneth Millar es nacido en Los Gatos, cerca de San Francisco, en 1915, sus padres pronto retornaron a Vancouver, Columbia Británica, en su Canadá natal, y disolvieron el matrimonio cuando Macdonald era todavía un bebé. Desde que su madre quedó parcialmente inválida e incapaz de mantenerse, ella y Ken pasaron el resto de la infancia viviendo en lo de los parientes desparramados por Canadá. Los dos patearon desde Vancouver a Kitchener y Wiarton, vuelta a Kitchener, después a Winnipeg, de aquí a Medicine Hat, provincia de Alberta, y finalmente retorno a Kitchener, en el extremo suroriental de la provincia de Ontario. Cuando terminó el secundario en el Kitchener Collegiate Institute, en 1932, Millar calculaba la cantidad de habitaciones en que había vivido hasta entonces en arriba de medio centenar. “Yo me sentía desarraigado desde la época en que mis padres se separaron”, rememora ahora. “Eso fue un buen caldo e cultivo para un novelista, pero para ninguna otra cosa que yo pueda ahora acordarme. Era una rata de biblioteca. Algunas veces me levantaba y me leía un libro entero antes del desayuno”. Retornar al Caso Galton.

Las lecturas del niño Millar eran católicas y variaban desde la Biblia completa, a los 11 años, Oliver Twist, como las aventuras en entregas de Falcon Swift,

el sabueso del monóculo. Esa práctica motivó una “fatal predisposición por las palabras” heredada de su padre y su abuelo paterno, ambos periodistas, y de escritores por el lado materno. Antes de su adolescencia, incluso, escribía versos y ficción que iban tanto de una larga prosa poética sobre el ***Bonito Príncipe Carlitos*** a varios cuentos de vaqueros. Todos se han perdido, pero la ***opera prima*** publicada de Millar aún perdura en su propio relicario de la casa actual. Es una profética parodia de Sherlock Holmes que apareció en la revista del colegio secundario de Millar, ***El rezongón***. Se titulaba ***Neblinosos Mares del Sur & Cía***., que comienza socarronamente: “El ambicioso investigador joven Herlock Sholmes bostezó detrás de su falso bigote y se sirvió una cocaína con soda”. En ese número también había otra ***opera prima***, un cuento sobre un moribundo pianista en España, de una tal Margaret Sturm.

Ella y Kenneth Millar compartían la misma sala de reunión y el mismo grupo de discusión, pero no eran particularmente buenos amigos. Esto vino después: después que falleciera el padre de Millar, después que la escuálida póliza de seguro de vida le diera a Ken la posibilidad de asistir a la Universidad de Ontario Oeste, después que muriera su madre y él abandonara la universidad amilanado. “Me deprimí bastante”, recuerda. “Eramos muy unidos, muy buenos amigos, mucho más unidos de lo que yo pudiera darme cuenta antes que falleciera. Ella había mantenido vivo mi espíritu durante todos esos años”.

La pipa

Millar se fue para Europa, aterrizó en lo de su tía Viola, en Irlanda, y entonces se zafó de la familia pedaleando a través de las islas británicas y Francia y hartándose de la Alemania nazi a través de una breve estadía. Un día, mientras Millar estaba observando una marcha en honor a Hitler que desfilaba al son de la canción ***Horst Wessel***, le fue arrancada la pipa de la boca por alguien que pensaba que fumar era una falta de respeto al Führer y al himno. Era tiempo de volver a Canadá. A la escuela y a nuevos afectos: "Entré a la biblioteca pública y encontré a Margaret leyendo a Tucídides en griego", dice él. "De allí en adelante nos vimos casi todos los días".

Ese día marcó el comienzo del final de los vagabundeos de Millar. El y Margaret se quedaron un tiempo de la Universidad de Michigan, donde Ken estudiaba con V. H. Auden y eventualmente consiguió un doctorado con una tesis sobre Coleridge. También sirvió en la Armada durante la guerra. Pero para estos dos serios jóvenes canadienses la verdadera ocupación en la vida estaba en otra parte: en California y en escribir profesionalmente.

Maggie publicó su primera novela, ***El gusano invisible***, en 1941. Ken siguió el ejemplo con ***El túnel oscuro***, un ***thriller*** de espionaje, situado en Ann Arbor fácilmente reconocible y basado, en parte, en sus experiencias turísticas por Alemania. Pero hubo un largo trayecto desde allí hasta convertirse en el Ross Macdo-

nald que escribiera ***El escalofrío*** en 1964 y ***Dinero negro*** en 1966.

Primero tuvo que mudarse a Santa Bárbara. Esta fue inspiración de Maggie. La Armada lo embarcó en San Diego y ella iba en el tren, de vuelta a Ontario, cuando vio Santa Bárbara por primera vez desde la ventanilla. Fue amor a primera vista. Habían llegado a San Luis Obispo antes de que ella tuviera tiempo de sacar apresuradamente del tren a Linda y a las valijas, y encarar la vuelta hacia el sur.

Millar obtuvo su baja y se encontró a sí mismo propietario de una casa en una ciudad que nunca había visto, en el estado en que había nacido, pero que apenas recordaba. Su próximo paso fue convertirse en Ross Macdonald.

"Tomé un seudónimo", dice, "porque de pronto me di cuenta que estaba escribiendo en competencia con mi mujer. Al comienzo me llamé John Macdonald, que derivaba del nombre de mi padre, John Macdonald Millar. Pero ese mismo año John D. MacDonald salió con un libro y su madre compró diez ejemplares del mío por error. Enseguida probé con John Ross Macdonald. El Ross no provenía de ninguna parte; es sólo un nombre de pila canadiense común, pero pegó y abandoné el John".

El ángel

Sin embargo, tomó más que el nombre convertirse en Ross Macdonald: "Necesitaba tiempo", ha escrito él recientemente, "y un más profundo

crito él recientemente, “y un más profundo conocimiento de la sociedad antes de que pudiera hacerla completamente mía en la ficción y asumir como propia a la novela policial californiana. Raymond Chandler era y sigue siendo un hombre difícil de seguir. Escribía como un ángel de visita en los barrios bajos y cubrió las calles entoldadas de Los Angeles con un halo romántico. Mientras intento preservar las fantásticas luces y sombras del Los Angeles actual, gradualmente he trasvasado esa aura romántica para hacerle lugar a un realismo social más completo”.

Este proceso continuó escaladonamente durante diez años, a través de diez novelas, cuando, como Millar lo dice, “sísmicas perturbaciones sacudieron mi vida”. Toda la familia fue barrida en el torbellino y se trasladó por un año a Bay Area. Millar se entregó a la psicoterapia “tratando de comprender la peculiar forma de mi vida”. Mirando retrospectivamente ahora ese año lo ve como una divisoria personal y especialmente profesional: “Marcó la diferencia entre mis primeros y últimos libros. No hay duda que mi obra se ha profundizado desde entonces. Freud fue una de mis tres más grandes influencias. El creó el mito en psiquiatría y yo he tratado de volverla otra vez mito desde mi pequeña perspectiva”.

El mito freudiano favorito es también el de Millar: la historia de Edipo. “Está presente en la vida de cada niño, pero las condiciones de mi vida lo hicieron presente muy fuertemente. Fue casi un caso de la vida imitando al mito”. Los Millar volvieron a Santa Bárbara

en el verano de 1957 y él comenzó a trabajar en un libro cuyo tema era un padre perdido. El poeta inglés Donald Davie estaba escribiendo un poema épico con el mismo tema a sólo una pocas cuadras, en el mismo farallón con vista al mar. “Su trabajadora presencia”, escribió Macdonald años después en un prólogo, “me dio valor para poner mi propia leyenda en el papel y escribí lo que consideré una novela de ruptura: ***El caso Galton***.”

El arte

El caso Galton apareció en 1959; ha habido desde entonces otras nueve, cada una consolidando el terreno ganado en las otras. Ir a un trabajo sobre la obra mencionada que se incluye en el volumen. Con la publicación de ***El hombre enterrado***, Ross Macdonald marca un hito en su arte y lo que parece ser un punto de penetración en el encantador círculo de novelistas policiales que han sido aceptados como verdaderos literatos. Y fue entonces que Kenneth Millar tuviera recientemente que relajarse por un momento junto al fragoroso oleaje de la playa del Hope Ranch y reflexionar un poco sobre el oficio de Ross Macdonald y el papel que juega Lew Archer en él.

“La función de Archer”, dijo Millar con su fuerte acento escocés-canadiense, “es la de ser un catalítico imaginario. El hace posible para mi sacar a flote material que yo no podría dragar si escribiera en una primera persona directa. El encarna una tradición. Es por eso

que escribo novelas policiales. Si tratara todos estos problemas derecho viejo, no podría hacerlo. Depende también de cuán duramente uno haya sido herido que se necesite o no una máscara protectora como Archer. Pero Archer es más que eso. El representa al hombre moderno en una sociedad tecnológica, que está, en efecto, desamparado, virtualmente sin amigos y que trata de comportase como si hubiera algo de esperanza en la sociedad, porque la hay. Es una figura transicional entre un mundo que se está quebrantando y uno que está naciendo, y en el que la gente y las relaciones serán importantes".

La misión

La transición de la que habla Millar en ninguna parte está más avanzada que en California, el país de Archer. Como él lo expresa: "Fue posible que el Nuevo Mundo se creara aquí. Es exactamente sobre esto que estoy escribiendo. En lugar de una estructura tradicional que sostenga juntos a los elementos, uno tiene sólo a cada hombre sosteniendo su propio giroscopio ético. La tecnología está barriendo con todas las relaciones significativas y reemplazándolas con aparatos. Tenemos que aprender a vivir con esta pérdida de relaciones y humanizarla. Ahora que hemos llegado exitosamente a la Luna, tenemos que explorar los cráteres de la Tierra".

Esta es la verdadera misión de Archer y Ross Macdonald: explorar esos cráteres. Al mismo tiempo,

Ken Millar hace su parte luchando por preservar el medio ambiente y humanizar la tecnología. El y Maggie hicieron demostraciones contra el derrame de petróleo, escriben consignas para campañas ambientalistas y trabajan para causas ecológicas como la reciente y exitosa campaña para impedir la construcción de una carretera a través de las cercanías de la Goleta Slought, una zona de reproducción de las codornices, y para establecer un refugio para el cóndor californiano en extinción.

Finalmente, sin embargo, la pelea real para Kenneth Millar/Ross Macdonald tiene lugar en la fija silla con brazos de cuero rojo: “Uno escribe en una curva”, dice, “en el reverso de las hojas ya arrancadas del calendario. Un escritor en los cincuenta no recuperará el vigor de su juventud o la pasión más serena que viene, si tiene suerte, como una segunda juventud a los cuarenta. Pero puede permanecer a la espera en su habitación, que debe ser como la centésima ahora, y mantener abierta su imaginación y las entrañas de su compasión para el día en que otro libro lo ronde como un fantasma que se pasea tanto por el pasado como por el futuro”.

Raymond A. Sokolov

Traducción de G.A.G.

Volver al índice general

REFERENCIAS

[**N. del E.**] El mencionado poeta fue profesor del joven Kenneth Millar en la universidad y su influencia resultó decisiva para su futuro, sobre todo en lo que hace al apasionamiento por el género. Volver al TXT.

[**N. de la T.**] El subrayado no pertenece al original. Casi intraducible: ***rockslide culture***. Juego de palabras entre la idea de lo musical y lo pétreo. Literalmente, ***rockslide*** podría ser roca o piedra resbaladiza. Pero aquí se agrega la mención a lo cultural por lo que esta condición en el género musical o en las rocas comprende más a lo otro. Regresar al TXT.

[**N. del E.**] La calificación de la joven parece aludir, sin dudas, a la ingesta de alucinógenos. Retornar al TXT.

[**N. del E.**] Al hecho lo utilizó en ***La bella durmiente***, novela aparecida en 1973. Volver al TXT.

[**N. del E.**] El nombre es un recordatorio homenaje al pintor y naturalista norteamericano homónimo, nacido en Francia. Regresar al TXT.

[**N. del E.**] ¿Otro juego de palabras? Inquietante, en todo caso. Porque ***coopper***, popularmente, también puede ser cama y ***pot***, escupidera, pelela… Sin contar con que la primer palabra nominó, en un tiempo, a la moneda de cobre de menor

valor y a los botones de los uniformes policiales y que en este tipo de negocios, las noches de guardia, los encargados del orden siguen deteniéndose a hacer un alto reparador, sobre todo en invierno, mandándose verdaderos tazones para combatir al frío. Así que mejor dejar todo en que el narcisismo bastante habitual de los dueños de los comercios es la causa para dejar perpetuado su nombre y nada más. Volver al TXT.

Retornar al índice general

Muerte y entierro de Jack Kerouac

LA NOCHE

Y LO QUE ELLA TE HACE

Conocí a Jack Kerouac en Boston, el año pasado, accidentalmente. Alguien apuntó a otra mesa y dijo: "*Aquel es Kerouac, por si te interesa. Está borracho*". Tenía una de esas caras fuertes, macizas, hechas a golpe de hacha; un cabello bastante oscuro y enmarañado, empapado en traspiración; manos gruesas, fuertes, y unos ojos como puñales fríos y, al mismo tiempo, al rojo vivo. Hablaba con la boca medio apretada; y cuando me acerqué a la mesa, me echó una de esas miradas rápidas e inquisitivas, y me dio la mano levantándose un poco. Volvió a sentarse cuando le apoyé la mía en el hombro y le dije que no se molestara, que no lo iba a entretener mucho. Al mirarlo bien de cerca, me di cuenta que el cabello no era tan oscuro pero que lo parecía porque estaba totalmente mojado –como el

resto de su cara y el cuello- por la traspiración. Sus manos estaban secas, sin embargo, y los ojos no eran los de otro gringo borracho más, sino los de un hombre solo y un poco desesperado.

Hablamos poco esa vez. De algunos amigos comunes, creo. Lo dejé enseguida. Evidentemente, estaba cansado, sin dormir por varios días y muy poco dispuesto a una charla, sobre todo a una charla sobre su más grande problema: él mismo.

La segunda y última vez que lo vi fue en **Reggio's**, el último café que viene quedando en el Village donde aún se puede tomar un ***express*** y hablar con la gente, donde aún hay artistas en las mesas, aunque no usen ropa y pelo de artistas sino más bien de gente. Llegué a charlar con Ginsberg de unas traducciones del viejo Ungaretti, que él pensaba leer en esos días, aprovechando la visita del italiano a una de las universidades de la ciudad. No esperaba que Kerouac estuviera presente. Me reconoció de inmediato*: "Usted es el sudamericano ése que estuvo en Boston, me acuerdo"*. Y se quedó en silencio, aparte, hasta que terminamos de revisar las traducciones de Ginsberg.

Kerouac andaba vestido con unos mocasines y un pulóver negro y uno de esos pantalones blancos de tela gruesa que usan los pintores y los albañiles. Fumaba poco. De a ratos, una pipa cortita que sacaba del bolsillo. De a ratos, un cigarrillo de lo míos. Al principio no quise hacerle preguntas directas sobre su obra; después directamente mandé al carajo a esa estúpida curiosidad de periodista barato, me olvidé de todo y

charlamos de lo que se debe charlar con la gente: mujeres, vino, comidas, tipos, ciudades, uno que otro libro, el café, la ciudad cada día peor y mejor al mismo tiempo, la política. Jack tenía una de esas voces que al oído bestia de la mayor parte de los occidentales sin educación musical les sonaría monótona, y yo soy una de esas bestias auditivas. Pero al rato nomás estaba pescando significados muy íntimos en los tonos sutilísimos de su inglés bastante más puro que el del resto.

Tomamos varios litros de café y después caminamos por el Village. Nos sentamos en Washington Square y nos dejaban tranquilos porque Ginsberg es muy conocido; su aspecto físico sobresale bastante y el barrio está lleno de admiradores, gente que interrumpe y pide autógrafos, se acerca a charlar o a darle la mano, cosas así.

Finalmente, Ginsberg se fue y nos quedamos almorzando lentamente en **El Ómnibus**, un restorán chiquito de la calle 12 donde se hacen buenas cacerolas y hay que llevar el vino porque no tienen permiso para vender alcohol. Hablamos de Cortázar y de Borges. Después nos pasamos al surrealismo y finalmente fui a una pregunta un poco rara en un país donde la gente ya se olvidó lo que pasó anteayer: ¿era posible que Jack Kerouac pensara a menudo en Jack London? No sólo era posible: segurísimo que sí. Hablamos de London el resto del día: de su obra maravillosa, de la admiración de Lenin por el "primer escritor proletario de América", de sus predicciones fabulosas en ***El talón de hierro***, de su entereza, de su soledad, de su valor físico

y moral, de su vida miserable sin un solo minuto de felicidad, de su tranquilidad, de su descanso y satisfacción. Me di cuenta que, indirectamente, Jack y yo estábamos hablando de él y no de London. Jack también se dio cuenta y cambiamos de tema.

Esa noche nos despedimos. Le regalé ***Historia universal de la infamia***, de Borges, con una traducción rápida que hice entrelíneas para entretenerme. Me abrazó y dio media vuelta en el hall del **Chelsea Hotel**. Se metió en el ascensor y desde la puerta dijo que lo visitara un día de esos.

No lo vi más. El martes 2 de octubre Jack Kerouac murió en Lowell, Massachussets, su pueblo. Alguien me lo dijo por teléfono. Yo estaba escribiendo, corrigiendo un poema basado en un retrato de Jack London hecho en 1916 por Arnold Genthe. Me quedé solo de pronto. Un poco mareado. Llorando como un estúpido. Mientras, se hacía de noche en el Village. Después me fui al café y le di la noticia a algunos amigos, lo mejor que pude.

La italiana que estaba detrás del mostrador y los dos mozos se quedaron callados, interrumpieron una discusión sobre no sé qué problema y se acercaron a la mesa. Así también lo hicieron unas pibas y varios tipos de otras mesas. La italiana nos acercó una botella de coñac y unas copitas. Tomamos en silencio. Después entró más gente. La noticia se difundió. La radio la propaló esa misma noche. La tevé también, a las 11. Salió en los diarios de la mañana siguiente. Del café fuimos al **Chelsea**, pero Ginsberg hacía varios días que

no estaba por ahí. Posiblemente se haya ido de la ciudad en uno de esos viajes relámpago. Tratamos de hablar con Ferlinghetti, pero no estaba en su librería de San Francisco. Y Gregory Corso ya estaba enterado, porque un amigo era el que me lo había comunicado a casa.

El entierro fue el viernes 24 de octubre –**Día de las Naciones Unidas**, apreciamos con ironía-, y viajé con una de esas sensaciones indefinibles –curiosidad, dolor, rabia, tristeza: todo mezclado y confundido-, en una de esas mañanas de otoño tan hermosas que respirar es un crimen.

En Boston tomé un micro que me llevó hasta Lowell, que es un pueblo chico dedicado a las manufacturas, y allí es donde Jack nació, creció y volvió siempre a vivir un tiempo, constantemente, a lo largo de toda su vida. Lowell es un pueblo de inmigración franco-canadiense, católicos casi todos. La gente es inesperadamente amable, saludadora, servicial. Desayuné charlando con una camarera rubia de anteojos y con el patrón, que se ofreció a llevarme en auto hasta la iglesia de la calle Merrimack. Decliné: preferí llegar caminando, y solo. El pueblo tiene cosas paranaenses: al fondo de cada calle está el paisaje, oliendo a yuyal y perforando el aire fresco con algunos trinos. Caminé por esas calles que Jack vivió y describió tan bien. Me metí hasta las rodillas en pilas de hojas secas. Me paré varias veces a charlar con gente amabilísima. Finalmente llegué a la iglesia, que aún estaba cerrada, pero el cura me recibió igual y en su despacho me encontré con

Vivian Gornick –del **Village Voice**- que tomaba café y me hacía señas para que le ayudara a sacarse las botas porque tenía los pies deshechos. Ella también había caminado esas dos o tres millas desde el autobús hasta la iglesia, buscando y encontrando quizás las mismas cosas que yo. El cura, Armand Morissette, nos habló un rato de su amistad con Jack, de su promesa de escribir un libro para él, sobre él y la iglesia, de sus fantasmas y borracheras constantes, de su vida tan similar a la de London y, sin embargo, tan similar a ese ángel atormentado de Rimbaud.

Después llegó un gordo ***grasa*** –tremendamente ***grasa***- del **Boston Globe**, mirando a ver si todo andaba bien, y lo odiamos minuciosamente. Lo odiamos minuciosamente porque la luz entraba por los vitrales y el cura hablaba y Vivian y yo estábamos allí con ese café y esa luz y esa cantidad de recuerdos y el muy bestia entró y habló con voz demasiado alta, dijo demasiadas veces demasiadas cosas y finalmente nos desarmó a todos diciendo –con un poco de vergüenza- que él era periodista de policiales y que lo ayudáramos a reconocer a los otros escritores que iban a estar presentes en la misa y el entierro.

La casa funeraria donde se hallaba el cuerpo de Jack se llamaba **Archambault** y quedaba en la calle Pawtucket, una calle sobre la que Jack había escrito mucho, calle central de la ciudad de clase media alta, de gente bien alimentada, burgueses irreprochables a quienes él tanto resintió y de quienes él tanto se burló durante toda su vida. Era irónico que Jack hubiese es-

crito sobre esa gente rica cuyas mansiones son ahora casas funerarias irlandesas o franco-canadienses. También era irónico encontrarse con esa cantidad de gente –familiares de Jack y de su última esposa-, reluciente, de aspecto sano. Había dos tipos de caras, notamos con Vivian: las de rasgos duros del norteño y la de ojos caídos y tez aceitunada de los griegos (los familiares de su mujer, que era de ese origen). Había una atmósfera típica de los burgueses decentes, de la gente que vino de Europa y luchó y trabajó para hacerse de una posición, y lo consiguió y vive ahora en un gran orden.

En un extremo de la sala alfombrada, en una plataforma un poco más elevada que el resto, en un cajón de madera oscura, estaba Jack. Llevaba una camisa blanca de cuello abierto y unos pantalones de corderoy negro, como acostumbraba vestirse cuando debía aparecer en público, como buen ***villager***, como siempre. Pero su cara ya no era la cara de un hombre: era un ridículo emplaste de maquillaje que me hizo acordar inmediatamente a la industria mortuoria de **Los seres queridos**, de Tony Richardson. Me sentí muy mal, de pronto, y corrí una silla. Caí al lado de Ginsberg, que estaba muy quieto, con las manos en las rodillas, mirándome*: "Cada vez tomaba más y más, ya no podía parar",* me dijo*. "Este es Peter Orlovsky; este es Carlos",* nos presentó. *"Vámonos, vámonos de aquí. Todavía falta mucho para la misa."* Ginsberg parecía tranquilo. Peter me dijo más tarde que había llegado y se había parado junto al féretro y había llorado más de

una hora, hasta que empezó a llegar más gente. Después se calmó. Y había estado sentado, mirando el féretro, hasta que nosotros llegamos.

Después hubo recuerdos, homenajes, toda esa cosa que se acostumbra a montar en estos casos. Finalmente llegó Gregory Corso con una filmadora **Bolex** 16 milímetros y un gran lente zoom, pegada a la cara, filmando desde todo ángulo posible el funeral de su gran amigo. Notamos que el ojo que le había quedado libre estaba llorando. Era rarísimo ver a este tipo vestido con unos vaqueros **Lee** y un saco de cuero de oveja, con botas indias y una vincha en el pelo largo y negrísimo, filmando todo, zumbando de un lado para otro y llorando al mismo tiempo.

Nos metimos en un auto y fuimos a la iglesia, donde había unas doscientas personas. El cura leyó algo de San Juan en una Biblia y yo no pude aguantar más. Salí al patio y traté de hablar con Jack desde allí, mientras el viento empezaba a enfriarme la cara.

¿Dónde estás, viejo? ¿Dónde? ¿Dónde estás entre estos burgueses tan limpios, entre estas casas de lujo y estas calles sin ratas? ¿Dónde estás entre estos comerciantes de clase media, estos intelectuales falsos y este cura que te endilga cosas en latín?

En el fondo, yo sabía que Jack había vivido siempre un poco allí, en esa calle, entre esa gente, y por eso eran ellos los que lo reclamaban, después de muerto, para maquillarlo, vestirlo, meterlo en un cajón y enterrarlo entre olores de incienso y palabrotas en latín, rezando para el eterno reposo de su alma.

Fuimos en procesión hasta el cementerio de la iglesia, por un sendero cubierto de hojas secas. Escuchamos otras estupideces y finalmente nos fuimos, después de echarle una última mirada a esa caja sin significado alguno. Mucho más tarde, sentados con Vivian en la alfombra del hotel, tratando de sacarnos la humedad y el frío del alma con coñac y té caliente, me di cuenta de que Jack murió sabiendo que América empieza a dar, más y más a menudo, ejemplares de su calibre, que la lucha será ganada un día. En el fondo, todo eso había sido uno de los síntomas de la caída que él también había sabido describir.

Finalmente sólo Jack Kerouac descansa de tanto alcohol y tanto camino. Tenía 47 años y era un hombre hermoso en el más amplio sentido de la palabra. En su libro ***En el camino*** escribió*: "Ella no me entiende ni me entenderá jamás porque me gustan demasiadas cosas y vivo en una gran confusión, corriendo de una estrella fugaz hacia otra, hasta que caigo.* ***Esta es la noche y lo que ella te hace****. No tengo nada que ofrecer a nadie, excepto mi propia confusión."*

Te equivocaste. Dulcemente, como siempre. Pero te equivocaste, viejo. No sólo nos das tu propia confusión, sino tu propia vitalidad, tu propio sentido de la aventura de vivir.

O de morir, que es lo mismo.

Y eso, Jack Kerouac, te lo vamos a estar debiendo un rato bastante largo todavía.

Carlos *Paty* Suárez

Greenwich Village, noviembre de 1989, exclusivo para *El Contemporáneo*, periódico independiente de cultura, N° 5/6, Buenos Aires, diciembre 1969.

Volver al índice general

NOTAS DEL EDITOR

Se refiere a 1968, año meneado si los hubo, no sólo por el dichoso **mayo francés**, sino por los sucesos en la guerra de **Vietnam** con la entrada en escena de contingentes masivos de tropas norteamericanas y con el consiguiente reflujo de bajas mortales, una ascendiente ola de rechazo y protestas entre los jóvenes norteamericanos. Sin contar con que fue en la primavera austral cuando lo asesinaron a Ernesto Guevara en una escuelita del Oriente boliviano. Volver.

Allen Ginsberg, poeta norteamericano, uno de las figures más notorias del movimiento **beat**. Nacido el 3 de junio de 1926, en Newark, Nueva .Jersey, falleció el 5 de abril de 1997, en Nueva York. Autor del poema épico ***Howl*** (Aullido, 1956), creció en Paterson, donde Louis, su padre, también poeta, era profesor de inglés. Luego de la muerte de su madre, a la que dedicó el largo poema ***Kaddish*** (1961) estuvo internado un tiempo en un psiquiátrico. Influenciado literariamente por William Carlos Williams, particularmente en lo que hace al uso avanzado de los ritmos del lenguaje hablado y la observación descarnada de la realidad, mientras fue alumno de la Universidad de Columbia mostró claras tendencias anarquistas. Además de Kerouac, mantuvo una estrecha amistad con William Burroughs. Su vida fue un eterno peregrinar, sobre todo hacia el final, embarcado en una casa rodante. La última publicación data de 1986 y fue una antología de sus poemas.

Regresar al entierro de Kerouac. Volver a Encuentro en el camino.
Giuseppe Ungaretti. Notable poeta italiano nacido en Alejandría, Egipto, el 10 de febrero de 1888, donde vivió hasta los 24 años, falleció el 1° de junio de 1970 en Milán. Fue fundador del Movimiento Hermético. En 1912 fue a París, a estudiar en la Sorbonne, donde alternó con Apollinaire y Valery, además de Picasso y Braque. Mallarmé fue su más grande influencia literaria. Estuvo un tiempo en Brasil y retornó a Italia después de la segunda gran guerra para enseñar literatura contemporánea en la Universidad de Roma hasta que se retiró de la vida activa, en 1957. Entre los volúmenes más importantes de su obra se encuentran ***La tierra prometida*** (1950) y ***Muerte de las estaciones*** (1967). Retornar

¿Una curiosidad frívola? La **Enciclopedia Britannica Deluxe Edition 2001** en CD da oficialmente como fecha al 21 de octubre y al lugar, Saint Petersburg, estado de Florida, bien al sur y bien lejos de su pago natal. Se ha preferido dejar todo tal cual. Volver

Lawrence Monsanto Ferlinghetti, tal como era su nombre completo, nació el 24 de marzo de 1919 en Yonkers, estado de Nueva York. Este poeta también es una de las figures más representatives del movimiento beat, del cual fue uno de los fundadores en San Francisco por la mitad de los ‘50.
Su librería ***City Lights*** fue uno de los epicentros más tempranos para las reuniones de todo el movimiento.
Estudió en la Universidad de Columbia e hizo un doctorado en la Sorbonne en 1951. A su regreso, dos años después, fue

que se instaló en Frisco, donde abrió la librería y una editorial donde aparecieron buena parte de los mejores títulos de la literatura **beat**. Fue si no el único, uno de los pocos que tuvo un acercamiento a la política como lo indican títulos del calibre de ***Un millar de temerosas palabras para Fidel Castro*** (1961), ***¿Dónde está Vietnam***? (1965), ***¿Nix tirano?*** (1969) y ***¿Quiénes somos nosotros?*** (1976). Publicó asimismo varios poemarios y 1998 fue premiado por la ciudad de San Francisco, algo absolutamente inédito hasta entonces. Regresar al entierro de Kerouac. Volver a **En el camino**

El poeta Gregory Nunzio Corso fue otro de los líderes del movimiento **beat** a mediados de la década del '50. Nacido el 26 de marzo de 1930 en Nueva York, creció en un orfelinato hasta los 11 años, que fue cuando los padres decidieron llevarlo de vuelta con ellos. En el Village se conoció con Ginsberg. Como corresponsal del ***Los Angeles Examiner*** viajó por Sudamérica y Africa. En 1955 apareció su primer libro de poemas, The Vestal Lady on Brattle. El siguiente, Gasolina (1958), cuando ya estaba afincado en San Francisco en plena ebullición del movimiento, es mucho más representativo.
Su última publicación, ***Herald of the Autochthonic Spirit***, data de 1981, cuando se encontraba escribiendo una novela.
Retornar

Lo más actual y entendible sería traducirlo como **villero**. Pero tiene sus equívocos, aunque mantenga más de una correspondencia. Porque indudablemente a lo que alude es al célebre **Greenwich Village**, ese cuasi ***progrom*** neoyorquino que surgiera a la celebridad justamente en esta década y por este tipo

de gentes, generadores de lo que ahora se ha dado en llamar **culturas de alternativa**. Una traducción literal, siempre a mano, lleva todavía a mayores equívocos -aldeano, pueblerino, sic-, aunque algunas acepciones, para variar, no le caigan del todo mal. Volver

Nacido el 5 de junio de 1928 en Shipley, Yorkshire, Inglaterra, murió el 14 de noviembre de 1991 en Los Angeles, Estados Unidos, donde se había radicado un cuarto de siglo antes. Su nombre completo era Cecil Antonio Richardson y era egresado de la Universidad de Oxford. En los '50, particularmente en dupla con John Osborne, formó parte del renovador movimiento cultural inglés que tuvo una peculiar manifestación teatral y cinematográfica.
Justamente saltó a la consideración pública con la versión fílmica de ***Recordando con ira***, el clásico de Osborne en aquellos años de posguerra, interpretado nada menos que por un todavía muy joven y entero Richard Burton, en 1956. Su verdadero suceso se daría a comienzos de la década siguiente, cuando también de la mano de Osborne en la adaptación de la novela de Henry Fielding, con la interpretación de Albert Finney, arrasaron con varios premios internacionales con la impecable ***Tom Jones***, su primera incursión en el color, que data de 1963. Justamente de ese año es la película a la que hace mención el autor del informe sobre el velorio y entierro de Kerouac, un retorno al blanco y negro que comenzó a marcar la inserción de Richardson en la siempre todopoderosa industria norteamericana del entretenimiento y la contraofensiva de Hollywood sobre el **cine de autor** europeo que se había quedado con todas las salas y los aplausos de los pala-

dares más refinados. Es en California donde va a terminar su vida, casi tres décadas después.
De aquellos primeros e intensos años de los ’60 data su fugaz paso por la época de oro del Festival de Mar del Plata. Casado con Vanesa Readgreave, el inglés que solía salirse de todos los moldes sin perder compostura y elegancia acaparó flashes y cámaras. En una rueda de prensa, al ser preguntado por su compatriota Isabel II y la superviviencia de un anacronismo como la monarquía, respondió falsamente alarmado, simulando de manera aviesa una pequeña contrariedad: “*Oh”,* dijo. *“Se trata de un lujo que sólo los ingleses pueden darse.”* Lo ovacionaron. Regresar

Otro de los escritores integrantes del movimiento **beat**. Retornar

Volver al índice general

ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE *EL CASO GALTON*

Kenneth Millar nació en Los Gatos, cerca de San Francisco, el lunes 13 de diciembre de 1915; Ross Macdonald, su seudónimo y definitiva personalidad literaria, lo hizo en alguna parte del Pacífico, durante la segunda gran guerra de este siglo, y junto a él, el "catalítico imaginario", el protagonista de muchas de sus novelas, Lewis Alfred Archer. Entre aquel Millar y el Macdonald que precisamente estalla y empieza a despuntar con ***El caso Galton***, van a tener que pasar quince años, doce novelas y dos seudónimos desechados. Ver ficha bibliográfica.

Kenneth Millar fue hijo único. Su padre, John Macdonald Millar, canadiense, era periodista en inglés y poeta en dialecto celta, la lengua de sus ancestros escoceses. Anne Moyer, la madre de Ken, había sido enfermera de soltera y descendía de campesinos alemanes que emigraron primero a los Estados Unidos.

A principios de 1916 los Millar retornaron a Vancouver, y, al poco tiempo, la pareja entraba en crisis y se disolvía. De ahí en más, durante veinte años, con una madre enferma y semiparalítica, Kenneth va a crecer de casa en casa, recorriendo el mapa canadiense según los parientes que lo cobijan. Por ello, la identidad

se le volvió un principio ambulante. Kenneth Millar llega a contabilizar hasta su casamiento, en 1938, que ha dormido en más de un centenar de lugares diferentes: *"Un buen caldo de cultivo para un novelista",* ha de ironizar mucho después con amargura. *"Pero nada más que para eso"*. Ir al reportaje.

Tenía 16 años y estaba cursando la enseñanza secundaria en la ciudad canadiense de Kitchener cuando el periódico escolar **El Rezongón** le publica su primer trabajo de ficción, titulado ***Neblinosos mares del sur y Cía***. Comenzaba así: *"El ambicioso y joven investigador Herlock Sholmes sonrió detrás de su bigote postizo y se sirvió una cocaína con soda"*. En esa misma edición aparecía un cuento acerca de un pianista agonizante en España firmado por la joven hija de un próspero hombre de negocios de la localidad llamada Margaret Ellen Sturm.

Al año siguiente la **Depresión** le depara otra alternativa: Millar debe trabajar un año como peón de campo. La muerte de su padre primero y de su madre luego, en escaso lapso, sume al andariego escocés-germano-norteamericano-canadiense en la angustia. La soledad de un hijo único es una soledad multiplicada. Ingresa a la Universidad de Ontario Occidental. Son años duros, tras la gran crisis económica está aguardando el expansionismo nazi, el genocidio, la bomba atómica: *"La guerra y la inflación siempre auspician una buena cosecha de personas hediondas"*, testimoniará más adelante por boca de Lew Archer.

La búsqueda de la identidad, perdidos los se-

res queridos, tiene una primera referencia en los objetos de uso personal, luego en los paisajes que dieron a aquellos ojos una idea primaria y hereditaria del universo y lo estético. A fines de 1936 el joven universitario Kenneth Millar cruza el Atlántico y, montado en una bicicleta, visita en las islas británicas a parientes y parajes ancestrales; en el continente, el festivo París de su compatriota Hemingway. Los ojos y los comentarios están puestos en los despliegues e ínfulas del otro lado de la Línea Maginot. Allí hay otra vertiente de su sangre; monta la bicicleta. Todo espectáculo es digno de verse.

La Alemania del Führer es arrogante, soberbia y resentida. Siempre la prepotencia está recubierta de voces estentóreas e ideas grandilocuentes. Las multitudes exuberantes conmueven hasta el alma menos sensible. Fumando su pipa, observa una movilización en honor a Hitler que marcha briosa e incandescente al compás de los sones de la *Horst Wessel* cuando un cachetazo da por tierra con el humeante pedazo de madera. ¿No era una falta de respeto al Führer y al heroico pueblo germano fumar en público? *¡Heil, Hitler!*

Para el joven solitario fue suficiente. No se dio más tiempo que el necesario para recoger su pipa, montar su bicicleta y no dejar de pedalear hasta la planchada del barco que lo cruzara de vuelta. De regreso a esa mínima seguridad que era Kitchener, fue a la biblioteca pública y se encuentra con aquella joven flacuchenta que había sido compañera suya en el secundario y con la que había compartido una ocasional incursión literaria.

Pianista y de religión protestante, Margaret Ellen Sturm acababa de terminar su carrera universitaria en letras. Se encontraba allí leyendo a Tucídides en griego. Y frente a una mujer que lee al autor de ***La Guerra del Peloponeso*** en su idioma original, a un solitario le quedan dos alternativas: o huye despavorido con su bicicleta o se une a ella para siempre. Se casaron al año siguiente, el jueves 2 de junio.

Kenneth terminó su licenciatura en inglés con diploma de honor y la joven pareja se fue a vivir a Michigan, Estados Unidos, en cuya universidad él inició un doctorado en literatura europea moderna con el poeta W. H. Auden, un apasionado y estudioso del género policial que influirá decisivamente en el destino del futuro novelista. En 1939 nace Linda, única hija del matrimonio.

Maggie ha decidido que su vida está en la literatura y en 1941 aparecerá su primera novela policial, ***El gusano invisible***, firmada Margaret Millar. Entretanto, él sigue estudiando con Auden; egresará bastante después de la guerra con una tesis sobre el poeta y crítico inglés Samuel Taylor Coleridge (1772-1834). Mientras tanto se gana la vida escribiendo poemas y cuentos cortos para un semanario a razón de un centavo la palabra.

La primer novela de Kenneth Millar, **El *túnel oscuro***, más de espionaje que policial, influida por su traumática y breve experiencia en el régimen hitlerista, aparece cuando el autor ya ha sido movilizado. En la Marina alcanzará el grado de oficial en la rama de comunicaciones y servirá a bordo de un buque escolta. En abril de 1945 participa en la batalla de Okinawa. Allí mismo, según sus futuros relatos, ha estado Lew Archer, investigando como oficial de inteligencia un incendio en una nave, un caso de culposa negligencia criminal en tiempos de guerra. La relación entre todos estos hechos -reales e imaginarios- mueve a una serie de conjeturas, variadas: apasionantes interpretaciones, como también inquietantes relaciones.

En 1946 aparece la segunda novela de Kenneth Millar, ***Los problemas me persiguen***. Va a ser un año decisivo. El encuentro con Archer ya se ha producido, pero falta todavía completar su perfil. El buque escolta atraca en San Diego y la tripulación tiene una breve licencia. Maggie y Linda han atravesado el mapa, desde Michigan, para disfrutar de esos días. Falta poco para el encuentro final de la familia.

La nave parte para algunas postreras tareas de posguerra y madre e hija se embarcan otra vez en el tren para la larga travesía. Unos doscientos kilómetros al norte de Los Angeles, a través de la ventanilla, Maggie ve una ciudad que la deslumbra. Decide quedarse, pero el tren arranca antes que pueda movilizarse con las maletas y la pequeña.

Tuvo que bajarse en la estación siguiente y desandar el camino. Compra una casa: el regalo para Ken, el retorno a la California natal. Los montes arbolados y allí, abajo, todo el Pacífico y el cielo*: "Como las dos mitades de un huevo azul de Pascua"*, poetizará luego Archer. Santa Bárbara: *"Una ciudad que todavía tiene la medida del hombre"*, asegura Ross Macdonald apoyándose en un famoso urbanista griego, en tamaño, proporciones y concepción, igual a la Atenas en tiempos de Pericles. Ver la referencia.

Kenneth Millar ha vuelto a su tierra de origen. Ross Macdonald se apresta a dar sus primeros vagidos. Su personaje Lew Archer ya tiene escenario para sus eternas búsquedas cíclicas. Diez años después, en este marco, Macdonald diseña un Galton desesperado, acuciado por el viejo Edipo. La riqueza de su verdadera familia tiene su origen en el petróleo, el puñal en la tierra, el crimen ecológico, el crimen de los crímenes.

Antes, sin embargo, han de sucederse otros hechos. Kenneth Millar publica dos novelas más *(**Blue City** y **Tres** **caminos**)*, cerrando un ciclo personal y literario. Maggie es una exitosa escritora, reconocida por la crítica, y el mismo apellido empieza a pesar. En 1949 ***El blanco móvil*** (primera intervención del investigador privado Lewis Alfred Archer, dado de baja de la policía de su Long Beach natal por creer que la ética de la función no estaba sujeta a los vaivenes de la "sucia política"; primera puntada en la psicogénesis de

crimen) aparece firmada por John Macdonald, resurrección parcial del poeta celta y padre perdido en los albores de la infancia. Pero la nueva máscara de pronto tropieza con John D. Macdonald, un prolífico autor del género que ha llegado a incorporar una moderna fotocopiadora **Xerox** para aligerar una producción casi industrial.

De modo que las siguientes aventuras de Archer empiezan a aparecer con la firma de John Ross Macdonald**.** ***El caso*** **Galton**, como fractura y pivote, aparecerá en 1959 firmada por Ross Macdonald. Todas las máscaras han asumido perfiles definidos. La orfandad y el filicidio son las formas más acabadas del confortable egoísmo de nuestro tiempo.

Kenneth Millar terminó su posgrado en literatura europea moderna en 1948. Tres años después presenta su tesis, ***El ojo interior: un estudio del criticismo psicológico de Coleridge***. Allí sostiene, entre otras cosas, que "el salto desde Coleridge a la novela policial norteamericana no es tan improbable como podría parecer". Su atrevimiento, como el de aquel joven investigador de bigote postizo que sonríe y torna cocaína con soda, va mucho más allá: "El discípulo norteamericano de Coleridge, Edgar Allan Poe, creó el cuento policial moderno e inspiró a Charles Baudelaire, cuyo ***dandy*** es uno de los prototipos del actual héroe detectivesco".

Este nivel académico, fácilmente reconocible en los comentarios cáusticos y sibilinos de Archer, como así también en la violenta y sólida cosmogonía que levanta en su entorno, le valieron al autor las iras de Raymond Chandler, quien escribió a raíz de la aparición de ***El blanco móvil:*** "Me ha impresionado muchísimo, de una manera singular. En verdad, podría utilizarlo como base de un sermón acerca de **Cómo no ser un Escritor Sofisticado**... Lo primero que me choca en el libro (y supongo que no estaría escribiendo sobre él si no sintiera que el autor posee algo) da una

impresión bastante repulsiva. No hay de dónde agarrarse; he aquí a un hombre *que ambiciona* para la novela de misterio un público con ***su primitiva violencia*** y que ambiciona, al mismo tiempo, que quede claro que él, como individuo, es un ser de enorme ***cultura y sofisticación"***.

A Kenneth Millar le debe haber resultado duro tragarse el brulote proveniente justo de alguien a quien nunca dejó de admirar. Más de dos décadas después, en la cúspide de su sistemática, silenciosa y titánica tarea, sin abandonar su pausada forma de hablar con fuerte acento escocés-canadiense, a días de la trágica e imprevista muerte de Linda, su única hija y a horas de que un nuevo terremoto hiciera crujir toda la costa californiana, acompañado por la vigilante presencia de *Brandy,* el ovejero alemán ciego y descaderado, trazó el siguiente balance desde el niño ambulante y desarraigado al maduro novelista: "Necesitaba tiempo y un más profundo conocimiento de la sociedad antes de que pudiera hacerla completamente mía en la ficción y asumir como propia a la novela policial californiana. Raymond Chandler era y sigue siendo un hombre difícil de seguir. Escribía como un ángel de visita en los barrios bajos y cubrió a las calles entoldadas de Los Angeles con un halo romántico. Mientras intento preservar las fantásticas luces y sombras del Los Angeles actual, gradualmente he trasvasado esa aura romántica para hacerle lugar a un realismo social más completo".

La obsesión del protagonista Archer, su constante autocuestionamiento en ese ***trabajo sucio***, el inevitable retorno a las entrañas bullentes donde hay usurpación de personalidad, padres asesinados y entripados, hicieron que el ***sofisticado*** académico encontrara en él su sismo personal. Diseñó entonces

contrara en él su sismo personal. Diseñó entonces el esquema de una futura novela que gira en torno a la búsqueda de la identidad por un padre perdido: fue en 1956. Maggie y Linda lo acompañaron. La familia se instaló temporariamente en San Francisco, en el Bay Area. Kenneth Millar, de espaldas en un diván durante un año, se sometió a un personal rastreo: "Freud fue una de mis tres grandes influencias", le confesó a Raymond Sokolov, notero del *Newsweek,* aludiendo a Auden y a Poe. "El creó el mito en psiquiatría y yo he tratado desde mi pequeña perspectiva, de volverla otra vez mito".

A mediados de 1957 los Millar retornaron a Santa Bárbara. Ross Macdonald, reordenados sus estratos emocionales más profundos, encaró la nueva obra. Cerca de su residencia, con el mismo panorama infinito del océano, el poeta inglés Donald Davis abordaba también un poema épico con el mismo tema: "Su trabajadora presencia me dio valor para poner mi propia leyenda en el papel y escribí lo que consideré una novela de ruptura". Era, precisamente, ***El caso Galton,*** que aparecería recién en 1959.

A todo esto, ¿quién es Lewis Alfred Archer? John M. Muste, en ***Contemporary novels,*** lo ha descrito como "menos sentimental que Philip Marlowe, menos cínico e insensible que Sam Spade o la Agencia Continental, y más humano que sus antecesores". Su progenitor literario, luego de definirlo corno un "catalítico imaginario", dice de él: "Hace posible para mí sacar a flote materiales que yo no podría dragar si escribiera en una primera persona directa. El encarna una tradición. Es por eso que escribo novelas policiales. Si tratara todos esos problemas derecho viejo no podría hacerlo. Depende también de cuán duramente uno haya sido herido que se necesite o no una máscara protectora como Archer. Pero Archer es más que eso. El representa al hombre moderno en una sociedad tecnológica donde está, en efecto, desamparado, virtualmente sin amigos, y donde trata de comportarse

como si hubiera algo de esperanza, porque la hay. Es una figura transicional entre un mundo que se está quebrantando y otro que está naciendo, y en el que la gente y las relaciones serán importantes".

Pero hay que agregar que a diferencia de sus honrosos antecesores, desde C. Auguste Dupin hasta Henri Poirot o el comisario Maigret, atemporales, fijos en el espacio como una fotografía sin otro peligro que tornarse amarillenta, Lewis Alfred Archer es el único protagonista que muestra una historia personal, un desarrollo en el tiempo y en el espacio, que ha ido envejeciendo, contagiando a su pensamiento y acción con su deterioro celular, paralelamente con su progresión literaria.

A través de las 18 novelas en que Archer es protagonista resulta perfectamente posible rastrear su propia biografía. Se lo ha hecho nacer en Long Beach el 2 de junio de 1916, cerca de los muelles, con una abuela que le vaticinó un futuro de sacerdote que él, a su manera, no ha desdeñado, y con un tío materno que llegó a pelear por el título mundial con el famoso ***Cañonero*** Smith, él jugó en el equipo de fútbol americano del colegio secundario, pero no tardó en comprender sus imposibilidades económicas para acceder a la universidad y a flirtear con las hijas de ricos petroleros y hombres dedicados a prósperos negocios inmobiliarios en la promisoria California. Ingresó como cadete al cuerpo de policía municipal, dirigió el tránsito, hizo infinidad de boletas por mal estacionamiento y llegó a sargento detective. Su carrera fue abortada cuando creyó que era posible demostrar que un prominente ciudadano tenía pies de barro. Años después confesará con amargura: "Hay una gran diferencia entre acusar y condenar. La gente de dinero nunca ha visto el interior de una cámara de gas".

Lew es también hijo único. Quizá sea el único eslabón sólido que lo vincula con el autor de sus días. En el resto, terminándolos de unir, son las antípodas. Macdonald es un sofisticado erudito, el universitario

libresco, ermitaño, pasivo; Archer, como confiesa en ***El caso Galton***, basta que le nombren a Rimbaud y Baudelaire para que tenga que aceptar que es un "territorio donde se siente perdido", él es un hombre de acción y en 1949 mató a un bravucón de tercera en un hecho por demás confuso, en "defensa propia" sólo según su propia versión. A la pareja Ken-Maggie les faltó poco para el medio siglo juntos bajo un mismo techo, compartiendo el dormitorio incluso para escribir, sin que nunca la competencia en tareas iguales haya sido un obstáculo; Lew-Sue se separaron a poco de comenzado el matrimonio, mejor dicho, él le puso la mano encima y ella hizo las valijas, no aguantaba la soledad, ni compartir un marido con una profesión que lo absorbía y a la que amaba por encima de ella, herida abierta que él no ha podido cerrar y que se le reabre y lo marca en cada amor furtivo y esporádico. Archer es un moralista, un descreído de la política, quizá un individualista a ultranza; Macdonald es afiliado al Partido Demócrata, admite filosóficamente sostener principios marxistas y es activista de grupos ecologistas. Macdonald es un hombre de rostro redondo y rasgos finos, armónicos, cuerpo mediano y no muy alto; Archer mide 1,80, pesa 86 kilos, sabe artes marciales y practica tiro esporádicamente, tiene una cara afilada, nariz de halcón, rasgos semíticos, bastante poco que ver con el Paul Newman que lo encarnó en dos películas.

Con los datos que proporcionan las novelas es factible armar entonces un **identikit** de su personalidad. Datos son los que abundan; menos los que se refieren a sus padres. Ni siquiera da los nombres de pila. De su madre se sabe que tenía ciertos prejuicios y aspiraciones sociales: hizo desaparecer todas las fotos del tío Jake por la vergüenza que es tener un boxeador profesional en la familia. Del padre, que lo castigaba y que de niño lo llevaba de la mano a vadear ríos desmadrados. Es todo. Y quizá sea lo necesario.

Tanto el nombre Lewis, el apelativo Lew como el apellido Archer, en inglés, están llenos de sugeren-

tes concomitancias. Baste decir que **archer**, literalmente, significa arquero, el símbolo de la templanza y la certeza, y en Oriente, del dominio de la mente sobre la materia. En astronomía es el nombre de la constelación de Sagitario, signo astrológico bajo el que nació Kenneth Millar; Lew, nacido un 2 de junio, día del casamiento de Ken con *Maggie,* pertenece a Géminis, el signo de la dualidad, el exactamente opuesto, según los astrólogos, a Sagitario. La simbolización de este signo, que etimológicamente viene de ***saggita*** (flecha) está representado por un centauro cuya mitad humana sostiene un arco tenso, dispuesto a disparar. Según la tradición, la parte animal representa los instintos, lo primitivo; el arquero, lo sublime, la búsqueda de lo eterno y el Hacedor. La dualidad se repite en Géminis, cuyo símbolo son los gemelos. La intuición crítica de Chandler, aunque algo resentida, no andaba tan errada. . .

Sin embargo, esa condición "más humana" que singulariza el crítico Muste o "la tradición" que, según su propio autor, encarna Lew Archer, también tiene otras raíces y puede ser enfocado desde otro ángulo. Macdonald ha aceptado *(**Current biography**,* 1979) que el apellido está tomado del investigador privado Miles Archer, socio de Sam Spade en ***El halcón maltés***, quizá como un homenaje o una continuidad de lo iniciado por el autor, Dashiell Hammett, padre de la novelística policial norteamericana contemporánea.

Al comienzo de ese libro Miles es asesinado en un oscuro callejón de San Francisco. Era el invierno de 1929. A metros del lugar, en esa época, como lo revela Joe Gores, vi- vía el propio Hammett. Pero si el callejón era oscuro y la noche era fría, los pormenores del medio utilizado y la forma cómo se lo asesinó son muchos más oscuros y fríos. Y aquí aparece otra vez Chandler. En su artículo ***El simple arte de matar***, con la misma minuciosidad con que un lustro después va a despellejar a Macdonald, su sagacidad crítica se va a

mostrar disconforme al señalar que ese asesinato sin ton ni son (¿literariamente hablando?) es el "único problema formal" en la magnífica novela del maestro. Ver referencia bibliográfica.

Cabe recordar, tal corno es revelado en la novela, que Iva Archer, esposa de Miles, era amante del cínico Sam Spade. Y que tanto los polizontes que intervienen en el caso como la misma Iva, echan un serio manto de dudas acerca de la posible autoría por parte de Spade. La secretaria de la agencia de detectives, por su parte, constata que a la hora del crimen Iva no estaba en el departamento y que cuando ella llegó, la flamante viuda montó una burda ***mise en scene*** para tratar de convencerla que el timbrazo la había sorprendido en el más profundo de los sueños. Hammett no se tomó el trabajo de cerrar estas fisuras y dar a la hora final aunque más no sea una versión solapada de las posibles coartadas.

Si nos atenemos a estas "formalidades" y otras "sofísticaciones" literarias, podemos seguir armando la biografía de Archer y decir que por aquel entonces tenía casi 15 años: es la época en que estalla su tormenta adolescente. Una desorientación y falta de brújula que lo hará pandillero y pendenciero, ladrón de autos y otras vituallas, hasta que, un día un policía de civil hediendo a whisky, lo pesca ***in fraganti*** y en vez de someterlo a los ritos burocráticos de un sumario y su proceso, lo aprieta contra una pared y le espeta en la cara su aliento alcohólico y con palabras duras, muy poco académicas, le reprocha el triste y fatal futuro que le aguarda 'por ese camino.

Lew confiesa, con los años, que odió a aquel hombre. Pero que tal fue el terror que no volvió a delinquir: "Resulté de los diferentes y mejores", dirá. "Un poco mejor, por lo menos: me uní a la policía en lugar de unirme a los malvivientes".

No le durará mucho el uniforme. Dado de baja, solo en el mundo, decide abandonar la ciudad natal, el pasado, y hacerse investigador privado. Para ello re-

coge sus pocos petates, cruza el río Los Angeles (¿desmadrado?) y se instala en el anonimato impune de la gran metrópoli. Durante casi una década va a dedicarse a seguimientos para divorcios e investigación de siniestros para compañías de seguros. Es un trabajo gris, anodino, casi infame, y le va a costar un matrimonio. "En realidad, heredé el oficio de otro hombre", confesará ya maduro, para agregar enseguida, con elegancia y sagacidad literaria, cosa de borronear el lapsus: "De mí mismo cuando era joven". ¿Cuando quinceañero le cayó sobre el rostro el perverso asesinato de su padre? ¿Cuando pavoneaba inútilmente su rebeldía y un alcohólico policía de civil, tan descreído como él de los valores de la sociedad prefirió ser humano y duramente paternal antes que cumplir con el vacío de una formalidad pública?

El obstinado y pertinaz Archer, capaz de bucear cualquier pasado por más hediondo que sea, en pleno ocaso, a los 65 años todavía tiene arrebatos mesiánicos. Macdonald, creador de una verdadera mitología de la violencia de nuestros días, puede ver arrasada su propia obra en el holocausto, de ser cierto el andamiaje de que todo crimen no es más que la respuesta encadenada a crímenes no resueltos del pasado y que cada día que pasa, como en ***El hombre enterrado,*** la ciega inercia de la violencia individual amenaza con desatar el crimen de los crímenes, el crimen ecológico total. Además, su héroe está amenazado con la misma mortalidad de su autor, llevando a la estética realista, no sólo en el género policial, hasta límites que no se habían abordado.

En 1964 el gigantesco incendio en el cañón Coyote avanzó hasta orillar la residencia de los Millar. La Guardia Forestal ordenó la evacuación. Maggie, *Brandy,* los libros más queridos, manuscritos y otras cosas esenciales fueron cargados en el viejo Ford azul de la familia, que gotea aceite del carter "como un animal herido". Ken se negó a hacerlo; más de un centenar de lechos, en la vida de cualquier hombre,

son demasiados lechos. Durante dos días con sus noches, acarreando agua con un balde desde su piscina particular, mojó paredes y tejas. La alta pared del fuego llegó a estar a menos de 200 metros. El crepitar de la añosa arboleda devastada lanzaba escupitajos de chispas que caían sobre la casa como un ataque indio con flechas incendiarias. Fantasmagórica, escalofriante en medio de la alucinada luz anaranjada, absurdamente épica y recortada contra el oscuro infinito y silencioso del océano, la silueta del hijo único, del batallador de los orígenes, del intelectual sedentario, no cejó un instante.

Lew Archer, como buen hijo del gran laberinto ciudadano, siempre mostró una natural inclinación hacia la plástica, sobre todo hacia el arte abstracto. En el parque de la residencia de los Millar, el fondo de la trasparente piscina tiene pintada una sirena de prominentes senos. El rielar del agua y los lengüetazos de las llamas deben haberle prestado un movimiento casi procaz a la figura. Y si por lo común al refinado paladar de Archer ese desborde de dudoso gusto suele resultarle rechazante, en medio del desastre, donde todo se vuelve frágil y singularmente significativo, aquello puede haberle arrancado uno de sus mordaces comentarios:

-Vivís como un burgués, ¿eh, Ken?

Amainado el fuego, aventado el peligro, los dos amigos -el real y el imaginario-, los gemelos inconclusos, han de haberlo festejado. Tiznados, enrojecidas las mejillas, con risotadas y quizás alcoholizados, los dos viejos camaradas de armas, al borde de la piscina, deben haber cantado antiquísimas canciones en rústicas y viejas lenguas.

En momentos como estos es donde la dicotomía atacada por Chandler encuentra una extraña conjura, donde hasta el más sofisticado intelectual se vuelve más primitivo que el más primitivo de los hombres y donde la obra de Macdonald amenaza convertirse en una eslabonada y premonitora advertencia

carente de los artilugios ilusorios y momentáneos de los finales literarios, convención arbitraria y tranquilizante que alguna vez involuntariamente violara Hammett para permitir, con su evidente acto criminal, la aparición de un Ross Macdonald: *"En las obras del género policial suele admitirse que la acción individual puede cambiar algo. En mis novelas, en cambio, es evidente que Archer no puede cambiar nada porque nunca un solo hombre puede cambiar a toda una sociedad."*

Amílcar Romero

Santa María de los Buenos Ayres, 1981.

Volver al índice general

Ross Macdonald-Lew Archer

De todos los crímenes, el crimen

A lo largo de ventiséis novelas y un libro de cuentos, desde 1949 el personaje de Lew Archer, creado por el novelista norteamericano Ross Macdonald, se fue erigiendo en una de las formas más acabadas de la literatura policial tal como lo había vislumbrado G. K. Chesterton en los albores de este siglo: *"La más primigenia y única forma de literatura popular, en la cual se expresa algún sentido de la poesía de la vida moderna".*

Mientras una serie escrita especialmente por su autor para la televisión pasaba sin pena ni gloria por un canal de nuestra capital y luego iba a dormir a uno bonaerense, los domingos a medianoche, antes de desaparecer con el mismo silencio con que permaneció, una relectura de las andanzas del agudo y ácido investigador privado tiende a perfilar una inquietante vigencia para los días que corren.

“Un asesino no soporta la idea de lo humano", dijo Lewis Alfred Archer, investigador privado, muy probablemente el último representante de la casta de los Sherlock Holmes, Sam Spade, Mike Hammer y Philip Marlowe. *"No todos los homicidios se cometen para ganar algo. Tratar de explicar lo inexplicable: ¿cómo se puede cometer un asesinato con las mejores intenciones del mundo?"*

La cosmogonía de Lew Archer, urdida por un escritor hijo de canadienses de origen escocés y alemán, se remonta a los orígenes de nuestra cultura a través del Cristianismo y Sigmund Freud. Del primero asume al conocimiento como primer contacto con el Mal; y del segundo, el pasado como un conjunto de proyecto incumplido, pulsiones insatisfechas y crímenes sin revelar. Por eso, para él, lo más importante, lo esencial siempre será saber el por qué antes que entregar a un autor a los rigorismos formales del sistema judicial vigente: "La cuestión no es la gente que un individuo mate", argumenta. *"Es la idea de la humanidad lo que está descuartizando, deshaciendo y tratando de hacer desaparecer en llamas".* Supuestamente nacido a mediados de 1916, también dirá: *"A medida que este siglo pasa (y yo lo siento pasar), encuentros insustan-*

ciales y enojosos tienden más y más a derivar hacia la violencia".

El crimen es una alteración violenta del orden natural, de los valores esenciales, razonablemente fijados por los hombres en una convivencia armónica. Y para que una sociedad llegue a tener el crimen institucionalizado, el asesinato despersonalizado, fuera de estrictas motivaciones que ligan a víctima y victimario, toda esa sociedad ha girado y se ha instalado en lo criminal. Para Archer, el crimen básico, el tronco común del pasado, la adulteración natural por excelencia, es el crimen ecológico. No por nada el mundo en que se mueve es esa clase adinerada cuyas fortunas derivan del petróleo y cuyos árboles genealógicos entierran sus raíces en desapariciones o filicidios, ya sea en su sentido lato como simbólico, como es el abandono de hijos cuya única misión, luego, será el rastreo de orígenes e identidades que no tendrán, más recompensa que el hallazgo detectivesco del crimen como prosapia. *"La violencia suele repetirse como un tic nervioso"*, había reflexionado amargamente Lew Archer. *"La guerra y la inflación siempre auspician una buena cosecha de personas hediondas".*

Como no podía ser de otra manera, para el detective Archer, al igual que en la Biblia, el camino del conocimiento lleva hacia el Mal, la tentación y el pecado. Cuando no, muchas veces, a ser sepultado por las fuerzas latentes qué se han des- cubierto y entran en acción: *"No soy más que un tipo que trae malas noticias y a quienes ajustician; un mensajero portador de malas*

nuevas, igual que aquellos a quienes, en los viejos días, se les daba muerte." La inocencia, por lo tanto, no es posible; la complicidad, sí, siempre: *"A veces sirvo como catalizador de perturbaciones, y no siempre con renuencia"*, confiesa. *"Detesto ver morir a la gente, pero a veces no puedo impedirla muerte de alguien y a veces provoco la muerte de otros"*.

No pocas veces se ha llegado a acusar a Lew Archer de fatalista. En todo caso, no lo es menos que el Cristianismo. Como tampoco es menos determinista que la disciplina emanada de los aportes freudianos: *"Los ángeles se precipitan donde los locos temen acudir"*, dice él mismo. *"El pasado es la clave del presente. A la larga todo se sabe y ninguna historia verdadera hace quedar bien*".

El elemento diferenciador de Archer con respecto a sus pares es su conciencia ética: **"Puedo, luego soy"**, reprocesa para uso propio al famoso **cogito ergo sum** cartesiano. *"Y me gusta fingir que soy Dios, pero no consigo engañarme. Hay que ser un asesino para llegar a creer eso de uno mismo. Y no sé qué es la justicia, pero la verdad me interesa. No la verdad en general, si la hay, sino la verdad de las cosas particulares: quién hizo qué, cuándo y por qué. Especialmente, por qué".*

La puntada final del pensamiento de este contradictorio individualista es que a medida que el crimen se ha ido despersonalizando, cada día más el asesino soporta menos la **idea de lo humano**, amenazando cada hecho con el apocalipsis final, por más pequeño

que ese hecho sea. Aquí es donde la nimiedad necesariamente se vuelve trascendente. Como ese caso en que los asesinos, por hacer desaparecer el cuerpo de la víctima, tiran un cigarrillo encendido en el bosque donde lo entierran y el incendio devastador casi acaba con la ciudad entera.

Acá el símbolo deja de ser tal para ser una simple verdad a seca, la no relación personal, la muerte por encargo, la existencia de profesionales de la muerte, necesariamente hace presuponer la existencia de un odio dirigido no ya hacia alguien en particular, sino contra la especie en general. El asesinato de la victima anónima es la mejor forma de concretar ese atentado contra la idea generalizada de lo humano. Y es que el crimen, en el fondo, como denunció el mismo Archer, no es más que una forma de un Juego de poder -el poder por el poder, como fin en sí mismo, sin los límites respetuosos por lo natural. Precisamente el conocimiento como camino hacia el Mal es el crimen ecológico: la alteración de la naturaleza no en nombre de la necesidad, sino del despilfarro y la riqueza. Una anécdota personal lo resume de cuerpo entero: *"Pasé junto a un automóvil lleno de niños, detenido a un costado del camino. Era un Cadillac viejo, con chapa de Texas, guardabarros semejantes a alas arrugadas, y un letrero en la parte de atrás donde se leía: Si ama a Jesús, toque bocina. Los ojos oscuros de los niños me dirigieron una solemne pregunta muda: ¿Es ésta la Tierra Prometida?"*

Para Sherlock Holmes el crimen era un intento de perfección que ponía a prueba una razón implacable. Algunos años después, en Archer esa racionalidad es cómplice y busca en sí misma, como los asesinos, sus propios orígenes e identidades*: "La segunda persona que la mayoría de nosotros lleva adentro suele salir a la luz y actuar con violencia"*, introduce lo psicológico. *"Luego, hay que vivir con ella como un gemelo siamés loco, por el resto de la vida. No puede forzarse al propio inconsciente a dar una información como si fuera una computadora. Sólo retrocede, metiéndose más adentro de su guarida"*. De esta manera su cosmogonía aparece asentada en el viejo y clásico triángulo, traducido a su mundo y su lengua: Violencia-Etica-Psicologia. Desde esta perspectiva el individualismo a ultranza es imposible: *"El crimen, como lo humano, nunca anda solo; siempre en parejas"*, bromeaba con ácido sarcasmo.

Para Archer, sin duda, esa idea de lo humano que el asesino no soporta es el conocimiento. "A los individuos desequilibrados les cuesta creer que otros saben lo que saben ellos. La comprobación los enfurece v los torna inseguros. Una cólera evidente y un arma cargada es la combinación que siempre he temido y sigo temiendo". Y el crimen de los crímenes, el ecológico, ¿qué otra cosa es sino el asesinato del Conocimiento a través de su desvirtuación? La alteración criminal de a ecología, en el fondo, es también una bastardización del poder, una Consumación del poder por el poder en sí mismo: someter a la naturaleza en vez de

utilizarla racionalmente en pos de un mundo mejor. En la naturaleza la perpetuación de las especies, los cambios y adaptación como continuidad de un mismo ciclo equilibrado, es la noción misma de eternidad. La adulteración ecológica, esencialmente criminal, no es más que el asesinato de isa eternidad en nombre de lo contingente. Y el macrocosmos policial donde está instalado Archer no hace más que repetir en pequeña escala esas leyes generales. ¿Por qué se nata? Porque no se soporta lo humano. ¿Qué es lo humano? Conocimiento histórico. ¿De dónde parte !se conocimiento? De la irrupción consciente del mundo del Mal, ejemplificado simbólicamente en una alteración de lo natural. ¿Es irreparable? Eso depende de la conciencia ética de cada uno, de la elección determinada por las historias individuales , acerca de por cuál de los **siameses** que llevamos adentro apostamos.

La libertad existencias aparece aquí -en toda su magnificencia y oscuridad: al saber que no somos libres, empezamos a serio. No es cercenando o vedando el camino al conocimiento que evitaremos el reino de¡ Mal, sino exactamente lo contrario. La perversión más común de nuestros días, precisamente, aparece en esa forma despótico de¡ poder que se reserva sólo para si misma la posibilidad de saber, o sea, el acceso y conocimiento del Mal y la facultad de prevenirlo: aunque aparezca con la forma de su contrario, una verdadera religión y culto del Mal, ya que se arrogan la facultad de decidir qué es o no lo malo, cuando en realidad su obje-

tivo es tratar de escamotear del conocimiento general lo que es inconveniente a sus intereses.

En un mundo frenético, el conocimiento se ha vuelto sinónimo de poder. El problema es poder para qué. Y el engarce del pequeño y sórdido mundo de Lew Archer, apenas un paria que arrienda por horas su vida para transformarse en un fantasma del presente a la caza de un minuto sangriento del pasado resulta de la misma naturaleza esencial, no de una mera interpretación: *"La vida es una sola. Todo se relaciona con lo demás. El problema es encontrar esa conexión",* afirma él mismo, un simple ex policía de Long Beach, exonerado por haberse tomado demasiado en serio el uniforme y sus atributos.

"Odio las coincidencias", confiesa el obsesivo Lew, *"he perdido mi fe en ellas. Todo, en la vida, tiende a irse uniendo en una trama. Por supuesto, en mis casos, repitiéndose, esa trama es la muerte. ¡Y qué a menudo, hoy día, las pequeñas tramas de la vida se nos convierten en tragedia!"*

Se dirá, con bastante razón, que esta ordenada urdimbre es producto sólo del riguroso ordenamiento que reina en el mundo de la ficción. En última instancia, Lew Archer no deja de ser nada más que un personaje novelesco. 0, como dice su autor, alguien que si se lo pone de perfil no existe, tiene el mismo grosor que una hoja de papel. El es consciente de esa (también) innata dualidad de su condición: *"Hay historias tan descabelladas como la vida, si yo tuviera que inventarlas, pensaría en algo más verosímil. Otras son lo suficiente-*

mente raras como para ser verdaderas. Y hay historias que cobran más sentido contadas que vividas".

Como no podía ser de otra manera, sus aspiraciones no son de este mundo, del real: *"Tengo que admitir que he vivido muchas noches metido en diferentes casos, viéndome a través del cuerpo quebrado de la ciudad, estableciendo conexiones entre sus millones de células, ya que tengo un loco deseo o fantasía de que algún día, antes de morir,. si llego a establecer las conexiones neurálgicas correctas, toda la ciudad volverá. a la vida como la novia de Frankestein".*

Un fin fantástico, sin duda, como su mismo origen. Y más que la realidad de la cosmogonía de Lew Archer, lo que importa es su vigencia. Porque en esa idea de lo humano que los asesinos no soportan también está él incluido, como parte de la literatura, y en cualquier momento puede ser arrasado.

AMILCAR ROMERO

Publicado en *BUSQUEDA* N° 18, noviembre de 1982.

Retornar al índice

Bibliografía/publicaciones de/sobre Kenneth Millar/Ross Macdonald

Obras de Ross Macdonald traducidas al castellano con Lew Archer como protagonista, según el orden de su primera edición:

-The movie target, 1949 (El blanco móvil, Alfa Argentina, 1974, Buenos aires, traducción de María Victoria Suárez);

-The drowning pool, 1950 (La piscina de los ahogados, Alfa Argentina, 1975, Buenos Aires, traducción de Mario Giacchino);

-The way some people die, 1951 (La forma en que algunos mueren, Alfa Argentina, 1972, Buenos Aires, traducción de Raquel Bengolea);

-The ivory grin, 1952. (La mueca de marfil, Alfa Argentina, 1975, Buenos Aires, traducción de Mario Giacchino);

-Find a victim, 1954 (Encontrar una víctima, Alfa Argentina, 1972, Buenos Aires, traducción: Santiago González; también como ¿Quién es la víctima, Fabril, Club del Misterio, 1974, Buenos Aires);

-The barbarous coast, 1956 (Costa bárbara, Emecé, Séptimo Círculo Nº, 1972, Buenos Aires; también como Costa trágica, Fabril, Club el Misterio, 1961, Buenos Aires;

-The doomster, 1958, (Los verdugos, Fabril, Club del Misterio, 1962, Buenos Aires, y también como Los maléficos, Ediciones Martínez Roca, Colección CRIM Novela Negra, Barcelona, 1986, sin consignar la traducción);

-The name is Archer, 1958, cuentos (El nombre es Archer, traducción de Mario Giacchino, Editorial Tiempo Nuevo, Colección Insignia, Caracas, 1972);

-The Galton case, 1959 (El caso Galton, Fabril, Los libros del mirasol, 1961, Buenos Aires, traducción de Víctor Iturralde Ruiz; también Centro Editor de América Latina, Biblioteca Básica Universal, 1971, Buenos Aires, el mismo traductor, y la misma editorial, en la misma colección, en 1981, con un estudio preliminar de Amílcar Romero, la misma traducción. Ver este trabajo.);

The Wycherly woman, 1961 (La Wycherly, Alfa Argentina, 1975, Buenos Aires, traducción de Alicia Steimberg);

-The zebra-striped hearse, 1962 (El coche fúnebre a rayas. Alfa Argentina, 1975, Buenos Aires, traducción de Diana Allegrini);

-The Chill, 1964 (El escalofrío, Emecé, Séptimo Círculo Nº 188, 1965, Buenos Aires, traducción de Adriana T. Bó; también Bruguera, Novela Negra Nº 38, 1980, Barcelona, la misma traducción);

-The far side of the dollar, 1965 (El otro lado del dólar, Emecé, Séptimo Círculo Nº 206, 1968, Buenos Aires, traducción de Daniel Landes; también Bruguera, Novela Negra Nº 26, 1978, Barcelona, la misma traducción);

-Black money, 1966 (Dinero Negro, Emecé Séptimo Círculo Nº 200, 1967, Buenos Aires, traducción: Marta King),

-The instant enemy, 1968 (El enemigo insólito, Emecé, Séptimo Círculo Nº 217, 1969, Buenos Aires, traducción de Mary Willams);

-The goodbye look, 1969 (La mirada del adiós, Emecé, Séptimo Círculo Nº 227, 1970, Buenos Aires, traducción de Nora Bigongiari);

-The underground man, 1971 (El hombre enterrado, Emecé, Grandes Novelistas, 1971, Buenos Aires, traducción de Aurora C. Melo; también Bruguera, Novela Negra Nº 11, 1977, Barcelona, la misma traducción);

-Sleeping beauty, 1973 (La bella durmiente, Emecé Grandes Novelistas, 1973, Buenos Aires, traducción de Aurora C. Merlo);

-The blue hammer, 1976 (El martillo azul, Emecé Grandes Novelistas, 1977, Buenos Aires, traducción de Aníbal Leal).

En todos los casos la editorial en lengua inglesa es Alfred A. Knopf Inc., de Nueva York, la que, salvo las tres primeras novelas, estuvo editando a este autor desde 1948.

Otras obras y publicaciones acerca del mismo tema:

-The maltese falcon, de Dashiell Hammett, 1929 (El halcón maltés, Fabril, Los Libros del Mirasol, 1960, Buenos Aires, traducción de E. F. Lavalle; los datos que se aluden, en esta edición comienzan en la página 13 hasta la 37, luego de la 229 hasta el final; también hay otra edición, Bruguera, Novela Negra Nº 18, 1978, Barcelona, y los datos páginas 15-41 y 271-final);

-The simple art of murder, Raymond Chandler, 1944 (El simple arte de matar, en un volumen con título homó-

nimo, Bruguera, Novela Negra Nº 41, 1980, traducción de Jaime Prat; el dato que importa a este tema está en la página 214 de esta edición y dice: **"Hay también algunos asustadísimos defensores del misterio formal o clásico, quienes entienden que ningún relato es un relato de detectives si no postula un problema formal y exacto, y si no dispone a su alrededor todas las claves, con claros rótulos. Esas personas señalan, por ejemplo, que al leer *El halcón maltés* a nadie le preocupa quién mató al socio de Spade, Archer (que es el único problema formal de la narración) porque al lector se le hace pensar constantemente en otra cosa"**. El resaltado no está en el original); Retornar.

-La vida de Raymond Chandler, por Frank MacShane, Bruguera, 1977, Barcelona; referencias a su agitado y discutido paso por el cine;

-Enciclopedia ilustrada del cine, Editorial Labor, 1960; la entrada correspondiente al director James Whale lleva la firma de Román Gubern Garriga-Nogués y la de Paul Newman, José Luis Guarner Alonso;

-The art of murder, informe y reportaje de Raymond A. Sokolov con motivo de la aparición de El hombre enterrado, en NEWSWEEK, el 22 de marzo de 1971, págs. 101/109. Ir a este trabajo;

-El crimen ecológico; una novela de Ross Macdonald desnuda la crisis de la sociedad norteamericana, por Osvaldo Soriano, también a raíz de la aparición de El hombre enterrado, en La Opinión, segunda Sección, pág. 7, diciembre 14 de 1971;

-Contemporary authors, editor: James M. Ethridge, vol. 9-10, pág. 340 1a. columna, Gale Research Co., Michigan;

-Current biography yearbook 1979, editor: Carlos Moritz, Wilson Co., Nueva York, págs. 241/244. En la segunda columna, vigésimo tercera línea de texto, es donde se afirma la relación directa que existe entre Miles y Lew Archer;

-Contemporary novelist, second edition, editor James Vinson, St. James-St. Martin, Londres-Nueva York, 1976, págs. 853/856, y la entrada correspondiente a Ross Macdonald está firmada por John A. Muste;

-Who's who in America 1980-81, 41st edition, volumen 2, pág. 2309 1ra columna, Marquis, Chicago;

-American Film Institute Catalog 1960-70, editor: Richard P. Krafsured, pág. 456 2º columna, 1976, Bewkr Co., Nueva York-Londres;

-Sagittaire, por André Barbault, Editions du Sevil, 1958, París;

-Todo empezó con Edipo, por Amílcar Romero, en Búsqueda Nº 19, diciembre 1982. págs. 61-3, Buenos Aires;

-Ross Macdonald-Lew Archer: de todos los crímenes, el crimen, por Amílcar Romero, Búsqueda, N° 18, noviembre 1982, págs. 73-5. Saltar a este trabajo;

-"La guerra y la inflación suelen dejar una cosecha de personas hediondas", por Amílcar Romero, en suplemento Cultura del matutino La Razón, domingo 9 de diciembre de 1984;

Más bibliografía y datos necesarios

Obras de Ross Macdonald traducidas al castellano y donde el protagonista no es Lew Archer.

-Blue City, 1947, originalmente firmada por Kenneth Millar (Blue City, Alfa Argentina, 1976, Buenos Aires, traducción de Negro Díaz, pero como autor Ross Macdonald);

-Meet me at the morgue, 1953 (Cita en la morgue, Hachette, Colección Naranja, 1955, Buenos Aires);

-Sleeping dog, 1966 (El perro dormido, cuento, en Ellery Queen Nº 5, abril de 1976);

-El frasquito verde, firmado por Kenneth Millar, en El escarabajo de Oro Nº 41, noviembre de 1970, Buenos Aires, sin que se consignen otros datos, ni de origen ni de traductor;

.

Obras de Kenneth Millar/ Ross Macdonald no traducidas aún del inglés.

-The dark tunnel, de 1944, firmado Kenneth Millar, su ópera prima, novela de espionaje evidentemente influenciada por los años que corrían y por su experiencia directa del nazismo;

-Trouble follows me, 1946, ídem, novela policial;

-The three roads, 1948, ídem, novela de corte policial donde por primera vez aborda el tema edípico. A mediados de 1979 fue llevada al cine con el título de Double negative;

-Midnight blue, cuento aparecido en Best detective stories of the year, 1968, Brett Halliday editor, Dutton, Nueva York;

-The writer as detective hero, ensayo, 1967, en Essays classic and contempory. Lippinicott, Filadelfia;

-A preface to the Galton Case, en Afterwords: novelist on their novels, 1969, Harper, Nueva York;

-On crime writting, ensayo, 1973, Capa Press, California;

Otras publicaciones acerca de Ross Macdonald

-Entrevista de Ed Wilcox en NEW YORK SUNDAY NEWS, el 21 de noviembre de 1971;

-Entrevista de Clifford A. Ridley en NATIONAL OBSERVER, el 31 de julio de 1976, pág. 17;

-Artículo en ESQUIRE 101: 148, junio 1972;

-Artículo en NEW YORK TIMES, primera página, de la sección Books Reviews, junio 1º de 1969;

-Artículo en NEWSDAY, página 3, noviembre de 1974;

-Dreamers who live their dreams: the world of Ross Macdonald, de Peter Wolfe, 1976. Ensayo.

-Kenneth Millar/Ross Macdonald: a checklist, de Mathew J. Bruccoli, 1971, Gale Research, Detroit;

-Biografía de Ross Macdonald en Los Angeles Magazine, 1963.

Retornar al índice

OTROS TITULOS
DE ESTA MISMA EDITORIAL

**Si está en línea con la red, un clic
en el subrayado
y se manda directamente
al sitio de I-BUCS,
a la página del libro indicado.**

THRILLERS AL SUR
Policiales argentinos contemporáneos

LA LUNA ROJA
Cuento de Roberto Arlt

RUTAS AL FUTURO
Antología de ciencia ficción argentina

MUERTE & TABLON
EN EL FUTBOL ARGENTINO (1924-2002)
Amílcar Romero

ARCHER x ARCHER
William Pilgrim

MATABURROS HETERODOXO
A.V. Ceta

FAIR PLAY
William Pilgrim

EL DT DEL PROCESO
Roberto Gasparini/José Luis Ponsico

ESTUDIO EN ESCARLATA
Sir Arthur Conan Doyle

LA VIOLENCIA DE LA EXCLUSION

Michael Raspaud

Volver al índice general

Cada tanto, péguese una vuelta por

www.ibucs.tk

que total es gratis, y entérese de las constantes novedades.

Una nueva incursión literaria del antropólogo norteamericano. Esta vez enfrentando nada menos que a Lew Archer y Jack Kerouac, en camino a San Francisco. Un ex policía resentido y uno de los popes del movimiento beat compartiendo la noche. Asimismo, otros TXTs con el documento del velorio y entierro del franco-canadiense y también la bibliografía completa de Ross Macdonald en inglés y castellano.

EDICIONES MULTIMEDIA

SANTA MARIA DE LOS BUENOS AYRES - ARGENTINA